

ARDE, TIERRA, ARDE

Clark Carrados

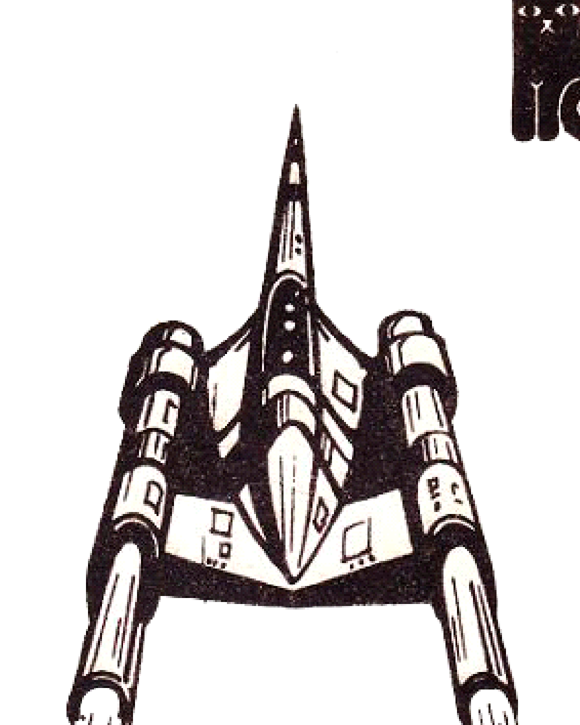
CIENCIA FICCION



ARDE, TIERRA, ARDE

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — ¿Quién compra un planeta?, *Clark Carrados*

1.

1. — El planeta de los centauros, *Joseph Berna*

1.

1. — Mundo de acero, *A. Thorkent*

1.

1. — Desterrados de la galaxia, *Clark Carrados*

1.

1. — Regreso a Nova, *Donald Curtís*

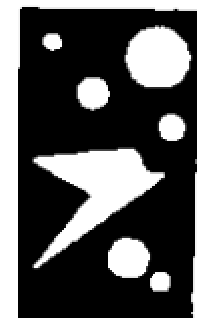
CLARK CARRADOS

ARDE, TIERRA, ARDE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 596

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84 02 02525 O

Depósito legal: B. 35.936 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero. 1982

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

—El acusado, con desprecio absoluto por las órdenes legales que había recibido, entre las que se incluían la suspensión total de sus trabajos y el abandono de su residencia, con todo cuanto había en ella, que había sido confiscado legalmente, prosiguió dichos trabajos, con el resultado de la destrucción total de la ciudad de Nueva Utopía, provocando una matanza en la que murieron más de doscientos mil seres humanos. Estos hechos han sido probados suficientemente y el acusado ha dispuesto de cuantos derechos le concede la ley. Por tanto, este tribunal ha dictado sentencia, puesto que ha sido emitido un veredicto de culpabilidad. Acusado —tronó el presidente—, antes de que se haga pública la sentencia, ¿quiere decir algo?

El juicio era transmitido por televisión a miles de millones de personas, en toda la redondez del planeta. Vanee Thulin era uno de los espectadores, en su apartamento.

No estaba solo. Junto a él había una hermosa morena, de piel canela y ojos de fuego. A Thulin le había costado mucho lograr la rendición de su bella acompañante, pero el juicio contra el profesor Kervin Hirschoff les había apartado momentáneamente de los juegos amorosos a que se habían dedicado desde la llegada de la invitada.

Thulin contempló al acusado cuando se puso en pie. Era un hombre de mediana estatura, pero la expresión de su rostro le hacía parecer un gigante. Sus ojos despedían el fuego de los iluminados, pensó Thulin. En modo alguno parecía amedrentado por la sentencia que se iba a dictar momentos después y que todo el mundo consideraba iba a resultar inexorablemente severa.

—Lo que tenía que decir, ya fue dicho en el transcurso del juicio —exclamó el acusado—. Vosotros lo consideráis un crimen, yo sostengo que fue un accidente, cuyas consecuencias deploro más que nadie. Pero si el gobierno me hubiera ayudado en mis investigaciones....

—Ese es un punto que queda fuera de discusión —le atajó el presidente del tribunal—. El acusado deberá mencionar hechos o datos relacionados con el proceso y nada más.

—Me amordazáis —rió Hirschoff—. Me tapáis la boca, porque tenéis miedo de mí...

El mazo del juez golpeó la mesa duramente.

—Basta —dijo—. Este tribunal considera que el acusado ya ha hablado suficiente. Por tanto, se procederá a dictar sentencia.

En la sala había muy pocas personas: los nueve miembros del tribunal, ataviados con togas de color violeta, salvo el presidente que era de color rojo oscuro, los ujieres y taquígrafos, y el acusado y los guardias que lo custodiaban. Las cámaras estaban ocultas en mamparos hábilmente disimulados y se manejaban por control remoto desde la misma central de emisiones.

—¡Todo el mundo en pie! —ordenó el secretario—. Se procede a publicar la sentencia.

—Acusado Kervin Hirschoff —dijo el presidente con voz campanuda—, probados los hechos imputados más allá de toda duda razonable y considerando que ese crimen execrable debe recibir el castigo adecuado, se le condena a la pena de cien muertes, la primera de las cuales será ejecutada el primer día del mes próximo. Su condena habrá terminado cuando haya sufrido la muerte número cien y sus cenizas serán dispersadas en la atmósfera, a una altura suficiente para que puedan mezclarse con otras sustancias que flotan indefinidamente sobre la superficie del planeta. Dada la magnitud de su crimen, al acusado no tiene derecho a ser enterrado o incinerado en la forma habitual para otros habitantes de este planeta. ¡Que Dios

tenga piedad de su alma!

Hirschoff lanzó una sarcástica carcajada.

—Creéis que habéis hecho justicia, pero sólo se ha visto aquí una estúpida farsa, en la que me he negado a tomar parte. Bien, me habéis condenado, pero yo os aseguro que no se ejecutará ni siquiera la primera sentencia y que antes conseguiré escaparme. Y un día volveré, para vengarme de este miserable planeta, al que haré arder por completo, como una bola de papel usado...

— Guardias, llévense al condenado! —ordenó tonantemente el juez-presidente.

Thulin apagó el televisor con el control remoto.

—Era de esperar —dijo.

La morena se estremeció.

—Cien muertes... Es horrible, ¿verdad?

—Sí, pero se las merece, ¿no crees?

—Matarlo, resucitarlo, volverlo a matar y así hasta completar el número cien...

Thulin se inclinó hacia el exuberante busto de su invitada.

—Si me dejases, yo te mataría mil veces, encanto —dijo ardientemente.

—¿De veras? —preguntó ella.

—¿Me permites ejecutar la primera muerte?

La morena rió suavemente.

—¿Cómo lo vas a hacer? —preguntó.

Thulin se lo dijo al oído. Ella se estremeció.

—Pero mil veces...

—Mujer, en un solo día, no, claro. Poco a poco, en días sucesivos... y quizá diez mil veces...

Bajó el rostro y lo hundió en el perfumado valle que había entre los senos de la morena. Ella se estremeció y se retorció voluptuosamente.

—Empieza, empieza... —jadeó.

* * *

El día treinta de enero del año 2439, Vanee Thulin se levantó, fue al baño y se aseó. Cuando terminó, el robot sirviente le tenía ya preparado el desayuno: que despachó con buen apetito. Estaba terminando y entonces oyó un leve tañido musical.

Tenía el control del televisor al alcance de la mano y lo encendió. Inmediatamente, vio un mensaje en la pantalla plana. que medía dos metros de ancho por uno y medio de alto:

ORDEN N.° 6.591/E.R. CLAVE 7E.

RESERVADO. ABSOLUTAMENTE CONFIDENCIAL.

PROCEDENCIA:

COMANDANTE EN JEFE FUERZAS INFORMACION ESPECIALES. DESTINO:

CAPITAN VANCE THULIN, N.° 8.377 H.L. TEXTO DE LA ORDEN:

EL OFICIAL MENCIONADO EN LA MISMA, DEBE RA PRESENTARSE EN ESTA COMANDANCIA CON LA MAXIMA URGENCIA.

MOTIVOS:

EVASION CONDENADO KERVIN HIRSCHOFF Y PARA RECIBIR INSTRUCCIONES SOBRE MISION TEN DENTE CAPTURA EVADIDO.

ACUSE RECIBO. FIN DEL MENSAJE.

Thulin silbó.

—Conque cumplió su promesa —murmuró.

Presionó una tecla y la corriente envió al centro emisor del mensaje la contraseña de «Recibido». Inmediatamente. Thulin terminó de vestirse y corrió hacia la azotea del edificio, a fin de subir a su aeromóvil particular. Al jefe no le gustaba esperar, cuando llamaba a uno de sus subordinados.

—Será una misión de todos los demonios —dijo, mientras el aparato levantaba el vuelo.

* * *

La mujer era alta, de formas exuberantes y abundante cabellera de color dorado. Thulin le calculaba unos treinta años físicos, pero, en realidad, debía tener unos cincuenta reales. «Lo que sucede es que con los adelantos actuales en materia de biología, una mujer que va a cumplir el siglo de edad, parece una cuarentona de buen ver del siglo XX», pensó, mientras pasaba un brazo por la cálida cintura de Elfrieda Platt, a la cual llamaba Elfrieda, por indicación de la propia interesada.

Elfrieda se dejó mordisquear el labio inferior. Luego se despegó de su huésped.

—No seas impaciente —sonrió—. Tomaremos una copa antes.

—Con mucho gusto, amor.

A Thulin le había costado un mes largo la conquista de la mujer. Las primeras investigaciones marcaban pistas que iban a parar indefectiblemente a Elfrieda, de profesión detective privado y uno de los más hábiles en su oficio. Ella, por supuesto, no ignoraba que su invitado era uno de los más distinguidos oficiales de las Fuerzas de Información Especiales, FIE en abreviatura.

Elfrieda, por tanto, debía de saber dónde estaba el profesor Hirschoff. Thulin confiaba en averiguarlo antes de que llegase el nuevo día.

Elfrieda cedió finalmente. Thulin era un hombre joven, de treinta años reales, casi dos metros de estatura, ojos muy claros y, extrañamente, pelo negro, sonrisa fácil y palabras melosas. La detective sucumbió.

Mucho más tarde, ella apoyó lánguidamente su cabeza en el musculoso pecho varonil.

—Vanee, ¿a qué te dedicas? —preguntó de repente.

—En el siglo XX se nos llamaba «hijos de papá».

—Progenitor con pasta, ¿eh?

—Aunque, a veces, trabajo en serio.

—Vaya. ¿Hablas en serio?

—Sí, cuando me llama papá, me pone una pala en las manos y me ordena llenar sacos de monedas de oro.

Elfrieda lanzó una estridente carcajada. Luego se volvió y le besó en los labios.

—Eres un muchacho encantador —dijo.

—Gracias. —El índice de Thulin se paseó por la desnuda espalda de su anfitriona.

—Gracias, aunque no hace mucho estuve a punto de perder mis encantos —dijo.

—¿De veras? ¿Qué te pasó? ¿Algún marido celoso?

—Oh, no. Estaba en Nueva Utopía y salí de la ciudad, apenas diez minutos antes de la catástrofe.

—Tuviste suerte, en efecto.

—Sí, y siento que al autor de aquel crimen haya escapado. Yo me encontraba a unos cuantos kilómetros escasos, cuando ardió la ciudad totalmente...

De pronto, se puso serio.

—Mi prometida estaba allí y murió. Pagaría lo que me pidieran por encontrar a Hirschoff, para retorcerle el pescuezo yo mismo.

—Nadie sabe dónde está —dijo Elfrieda.

—Bueno, un día u otro le echarán el guante. Frieda, amor, pensemos en nosotros mismos...

La detective se durmió más tarde. Thulin aguardó un buen rato, para estar seguro de que ella no se iba a despertar en un momento inapropiado. Luego, silenciosamente, desnudo como estaba, se levantó de la cama y pasó al gabinete de trabajo de su anfitriona.

Sabía cómo hacer un registro. Treinta minutos más tarde, había encontrado lo que buscaba y sabía dónde estaba el profesor Hirschoff.

Entonces, se dispuso a regresar a la cama. Giró en redondo y vio a Elfrieda, también desnuda, en el umbral de la puerta, con una pistola descohesionadora en una mano y un objeto brillante en la otra.

—Ahora ya sé por qué has venido a mi casa —dijo Elfrieda.

CAPÍTULO II

Aquella pistola podía romper la cohesión de todas las moléculas de su cuerpo y convertirle en un informe montón de pasta pardorrojiza con una sola descarga. Durante unos cortos segundos, sufriría una agonía infinita, sabiendo que estaba condenado irremisible. Aquel momento no iba a tardar mucho en llegar, pensó.

Los ojos de Elfrieda eran duros, despiadados. En aquellos instantes, no se preocupaba en absoluto de su total desnudez.

El otro objeto que sostenía en la mano izquierda era la diminuta

estrella de nueve puntas, símbolo de su rango, con todos los datos personales grabados microscópicamente en el reverso. Pero bastaba ver el anverso para conocer la profesión del dueño de la estrella.

—Así que de la FIE —dijo ella por fin.

—Sería inútil negarlo —contestó Thulin.

—Me has traicionado.

—Era mi deber. ¿Me lo habrías dicho si te lo hubiera preguntado directamente

—A veces, soy un poco tonta. Debí destruir la copia de las instrucciones que me dio el profesor cuando fui a verle.

—Instrucciones para la evasión, naturalmente.

—Sí. Resultó bien —sonrió ella.

—Hirschoff cumplió su promesa. Pero era un criminal. Ella adelantó un poco el torso poderoso. Los senos se bambolearon ligeramente.

—¿Qué sabes tú? —barbotó—. Tiene una mente privilegiada y en el gobierno sólo hay hombres de cerebro anquilosado. con tácticas prehistóricas, incluso sienten terror ante los avances de la ciencia. Hirschoff quería conseguir el máximo de beneficios para el planeta...

—A costa de la destrucción de Nueva Utopía y de la muerte de doscientas mil personas.

—Fue algo inevitable.

—Díselo a las víctimas. Si hubiese acatado la orden del gobierno...

—No me vengas con cuentos. El tenía que hacerlo. Y le condenaron a una sentencia horrible. ¿Sabes tú lo que es ser condenado a cien muertes?

—Puedo imaginármelo...

—No, no puedes —le interrumpió Elfrieda—. Mañana te ahorcan y mueres, pero te reaniman, o te resucitan, como prefieras, y luego, cuando estás restablecido, todo vuelve a empezar. La captura, declaraciones, el proceso, el juicio y una nueva condena a muerte... Y

así, cada cuatro meses, se repite la misma operación... y el condenado está muriendo durante veinticinco años. Sólo, cuando llega la ejecución número cien, muere definitivamente. ¿Crees que eso es civilizado?

—Yo no hago las leyes, Frieda —se excusó Thulin. —Pero ayudas a cumplirlas.

—¿Y tú? ¿Cuándo investigas algo poco honesto, no estás también de parte de la ley? Algunas de las personas con las que has tenido relación profesional, están en la cárcel...

—¡Esto es distinto! Hirschoff debe continuar su trabajo, pero no en la Tierra, naturalmente.

—En Syphor, donde se encuentra ahora.

—Sí, allí, el lugar más seguro para un hombre como él.

—¿Seguro? Los siphorianos son tan feroces como los tigres hambrientos, no respetan a ningún extranjero. Los matan a todos. ¿Por qué iban a hacer una excepción con el profesor?

Elfrieda sonrió burlonamente.

—A veces, hay excepciones... y un terrestre se enamora de una syphoriana y les nace un hijo...

Thulin se quedó sin aliento.

—Hirschoff es mestizo de terrestre y syphoriana —adivinó.

—Exactamente. Es más, goza de un gran predicamento entre los nativos, porque su madre era la hija de un gran jefe. Cuando éste murió, el rango pasó a la hija y a su esposo, naturalmente. Allí está seguro, créeme.

—No lo dudo. Frieda, defiendes a Hirschoff con apasionamiento casi morboso. ¿Por qué?

—Es mi padre —declaró ella lacónicamente.

—Pero tú te llamas Platt —dijo él, atónito.

—Es el apellido de mi esposo. Me divorcié hace veinte años. No quise volver a casarme.

—Comprendo. Lo siento, Frieda.

—Yo no lo siento. Voy a matarte, no puedo permitir que divulgues el lugar donde está mi padre.

Elfrieda apretó el disparador. No ocurrió nada.

Lanzó una maldición. Sonriendo, Thulin se acercó a ella y le quitó el arma suavemente.

—Me ocupé antes de quitarle la batería —dijo.

Elfrieda quiso pegarle. Thulin asió su muñeca fuertemente.

—Es inútil —exclamó—. Siento lo que te ocurre, pero no puedo evitarlo. Como comprenderás, debo llevarte detenida.

Elfrieda pareció perder el ánimo repentinamente. Thulin, sin embargo, no bajó la guardia.

Regresaron al dormitorio. Ella empezó a buscar las ropas en el armario. Entonces, Thulin sacó su pluma y apretó el remate del capuchón.

El dardo narcótico alcanzó a Elfrieda a la altura del omóplato izquierdo. Los efectos de la droga eran casi instantáneos.

Ella empezó a volverse lentamente. Ya no tenía fuerzas para empuñar la segunda pistola descohesionadora. que cayó sordamente al suelo de gruesa alfombra.

Thulin llegó a tiempo de sostenerla en sus brazos. Elfrieda le miró con ojos que ya perdían su brillo.

—Mal... dito...

El joven la besó.

—Lo sentiré siempre, pero debo cumplir con mi deber —dijo.

* * *

Dos días más tarde, Thulin fue recibido por el comandante en

jefe de la FIE.

—Se le asigna la misión de capturar al profesor Hisrchoff, actualmente en el planeta Syphor. Con toda seguridad, Hirschoff se refugió en la región de Kathna, de donde era nativa su madre. Ahora bien, puesto que los syphorianos y no digamos los kathnenses son terriblemente feroces, llevará una compañía de ciento veinte hombres, armados adecuadamente, con los cuales, se estima, tendrá suficiente para rechazar cualquier ataque de los indígenas. No necesito decirle que Hirschoff debe volver vivo a la Tierra, para que se cumpla en él la sentencia que se dictó en su día. ¿Lo ha comprendido, capitán?

—Sí, señor.

Thulin ocultó el disgusto que le producía saber que debía capturar a Hirschoff. Pero no podía dimitir, las reglas eran muy estrictas sobre el particular. Si lo hacía, podían enviarle a una fábrica de alimentos, a palear montones de comida pulverizada, día tras día, y sin posibilidades de abandonar jamás aquel trabajo.

—Hoy mismo se le enviarán las órdenes escritas, con ampliación de datos y de mapas, y además, incluyendo las autorizaciones para escoger y llevar el material suplementario que estime necesario para el mejor éxito de su misión —añadió el comandante en jefe—. Nada que pida, le será negado, capitán. ¿Algo más?

—Una pregunta... si me lo permite, general —dijo Thulin.

—Se lo permito. Hable.

—Se sabe que Hirschoff está en Katna... ¿Cómo lo averiguaron?

—La hija, esto es, su cómplice en la fuga, lo declaró así.

—¿Voluntariamente, señor?

El rostro del jefe se endureció.

—Pregunta sin respuesta —dijo—. Retírese, capitán.

Thulin saludó rígidamente. Había hecho una pregunta estúpida. Demasiado sabía cómo habían penetrado en la mente de Elfrieda. Ahora estaría tirada en una celda, hecha un guiñapo, convertida en un vegetal viviente...

Procuró dejar de pensar en aquella hermosa mujer, para

concentrarse en su misión. Dos semanas más tarde, estaba listo para la partida, con su compañía de ciento veinte hombres, todos ellos tipos duros y aguerridos, desconocedores del miedo y, en opinión de muchos, tan feroces como los syphorianos.

Dos horas antes de la partida, cuando ya su segundo en el mando se ocupaba de las últimas operaciones de rutina. Thulin se personó en cierto lugar.

—Deseo llevarme a la prisionera Elfrieda Platt —manifestó.

El oficial que se cuidaba de la guardia de los prisioneros le miró burlonamente.

—¿Está loco, capitán? Esa mujer no puede salir de aquí, si no es con una orden directa del general...

Impasible. Thulin le enseñó sus documentos.

—Aquí dice que puedo llevarme cualquier material suplementario que necesite —dijo—. La prisionera es material de información, puesto que conoce el planeta al que nos dirigimos. Entréguemela o, antes de que pueda darse cuenta de lo que le sucede, se encontrará cortando filetes en una fábrica de carne sintética.

El oficial examinó la documentación meticulosamente. Al fin, se encogió de hombros.

—Está bien, llévesela y mal rayo le parta —contestó.

Elfrieda salió caminando de su celda con paso mecánico, ausente por completo a cuanto la rodeaba y la mirada perdida en el vacío. Thulin sintió una inmensa pena por aquella hermosa mujer, cuyo único delito había sido ayudar a su padre a escapar de una horrible sentencia, repetida cien veces.

Tiernamente, pasó un brazo por sus hombros y la empujó con suavidad hacia la salida.

—Frieda, soy yo, Vanee. Vamos de viaje y te curarás pronto...

—Sí, Vanee —respondió ella con voz monótona.

Le habían sacado todos los secretos de su mente, a cambio de acorcharle el cerebro. Casi compartía el odio del profesor Hirschoff.

En la expedición figuraba un médico. Thulin puso a Frieda en

sus manos.

—La sometieron a tratamiento, para obligarla a dar informes —dijo—. Procura curarla, doctor.

—Costará mucho, pero lo intentaré. Y ojalá lo consiga, sé de muchos casos que son irreversibles —contestó el galeno.

—Haz lo que puedas —pidió Thulin—. Sinceramente, ¿.crees justo lo que le han hecho?

—No. Pero tú y yo somos solamente dos peones, en manos de gentes sin escrúpulos, y tenemos que actuar cómo y cuándo ellos lo ordenan. Entiende esto bien, Vanee, y todo te irá satisfactoriamente en la vida.

—Sí, tienes razón —contestó el joven resignadamente.

El trabajo del doctor fue un éxito. Cuando desembarcaron en Syphor. Elfrieda estaba completamente curada.

* * *

Las dos secciones avanzaban cautelosamente a través de la selva, con las armas a punto. Eran unos ochenta hombres en total y Thulin había dejado una tercera sección en la nave, como reserva para un momento de apuro.

El silencio era absoluto. Incluso los animales salvajes habían dejado de emitir sus habituales sonidos. En los árboles no se movía una sola hoja. La atmósfera era densa, sofocante.

Elfrieda marchaba junto al joven. Ella se había resignado a servirles de guía. Thulin confiaba en que hubiese aceptado sus argumentos.

—Lo llevaré a la Tierra; organizaremos una gran campaña en su favor. Pediremos el indulto...

Elfrieda no había contestado en un sentido u otro. Thulin, sin embargo, creía tenerla convencida.

El ataque de los nativos se produjo repentinamente. Alguien gritó, pero no era el que había perdido la cabeza, que ahora saltaba al suelo, rebotando siniestramente, mientras dos chorros de sangre, brotaban como surtidores del cuello limpiamente cortado. Luego, una espesa nube de flechas bimástiles cayó sobre los terrestres.

Aquellas flechas eran de dos palitos y su punta era tan aguda como la de un alfiler. No había nada que pudiera detenerlas y penetraban profundamente en la carne. Pero no era el arma más terrible.

El ataque se había producido principalmente por la retaguardia de la columna. Thulin tuvo tiempo de saltar a un lado, a la vez que tiraba de la mano de Elfrieda.

Por el aire volaban también unas medias lunas de metal, afiladas como navajas de afeitar, que se movían con indescriptible velocidad. Aquellos horribles artefactos cortaban cabezas, brazos, piernas, rajaban pechos y vientres... A veces, un mismo miembro era amputado dos veces, por sendas medias lunas muy seguidas.

Los gritos eran horripilantes. Algunos de los soldados intentaron agruparse, para efectuar una defensa eficaz, a la vez que disparaban frenéticamente sus armas descohesionadoras. Pero los atacantes se hallaban ocultos entre el espeso follaje y era imposible verles. Por otra parte, aquellas pistolas, de resultados devastadores en impacto directo sobre el cuerpo humano, perdían su efectividad, puesto que sus proyectiles chocaban con innumerables obstáculos, disgregando inofensivamente hojas y ramas de vegetales, apenas chocaban con el menor obstáculo.

Thulin quiso unirse al último grupo de sus hombres, pero, en el mismo momento, cuando apenas había hecho un par de disparos inútiles, sintió un terrible golpe en la cabeza y empezó a caer al suelo.

CAPITULO III

A pesar de todo, conservaba la lucidez, aunque se sentía tan débil como un niño recién nacido. Oyó unos alaridos espeluznantes y, luego, de pronto, cesaron todas las voces de sus soldados.

Unas manos fuertes tiraron de él hacia la espesura. Thulin se dejó llevar, incapaz de oponer la menor resistencia. Se preguntó por qué le había atacado Elfrieda —no podía haber sido otra persona—, pero, a la vez, sabía que ella le había salvado la vida.

Elfrieda le había desarmado y ahora tenía la pistola en su poder. Thulin llevaba, además, un cuchillo de caza, pero sabía que no podía utilizarlo mientras Elfrieda dispusiera de un arma infinitamente más poderosa.

Al cabo de un rato se encontró mejor.

—Puedo caminar —dijo.

—Está bien. Anda delante de mí —ordenó Elfrieda—. No intentes nada o te mataré.

—Frieda, quisiera que me dijeses...

—¡Ahora no! —cortó ella con brusquedad—. Calla y marcha. ¡Vamos!

Thulin apretó los labios. Tendría que esperar a mejor ocasión, se dijo. Ignoraba en absoluto los motivos de Elfrieda y, aunque sabía que le debía la vida, se daba cuenta claramente de que era el único superviviente de todos los que formaban su destacamento. Antes de abandonar el lugar, había visto caer al último soldado, destrozado por cuatro o cinco medias lunas, que habían acuchillado su cuerpo despiadadamente.

El suelo tenía una ligera pendiente descendente que hacía más fácil la marcha. De cuando en cuando. Elfrieda le daba una orden para corregir el rumbo. Thulin procuraba recordar los menores detalles de cada lugar, a fin de utilizarlos como puntos de referencia para

emprender el regreso.

Repentinamente, se oyó una tremenda explosión.

Fue un colosal estampido, que parecía llegar de muy lejos. Thulin se detuvo maquinalmente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Tu nave.

El joven se quedó sin aliento. Lentamente, se volvió hacia ella y la miró con el horror reflejado en su rostro.

—Oh, no… Frieda, dime que no es cierto…

—Es verdad —confirmó la mujer, sin mostrar la menor emoción —. Los hombres que se quedaron como reserva han sido también aniquilados. El jefe de los atacantes tenía orden de destruir la nave y la ha cumplido.

—¡Pero no podré volver a la Tierral —gritó él con desesperación.

—Ya lo sé —contestó Elfrieda indiferente.

Los puños de Thulin se crisparon. Dio un paso hacia adelante, pero ella puso la boca del arma a medio palmo de su cara.

—Esta vez, tiene la batería —dijo.

Hubo un instante de silencio. El pecho de Thulin se hinchó poderosamente.

—¿Puedo saber, al menos, lo que pretendes?

—Todavía es pronto. ¡Sigue!

Constreñido a obedecer bajo la amenaza del arma, Thulin dio media vuelta y siguió andando. Un poco más adelante, empezó a aclarar el bosque.

Media hora después, asomaron a una llanura cubierta de hierba y arbustos de pequeñas dimensiones. Por el centro pasaba un río de aguas plateadas. A lo lejos se divisaba una cordillera de montañas, con agudas crestas, cubiertas en parte de nieve.

—Aquí nos despedimos —dijo ella súbitamente.

Thulin se volvió. Elfrieda tendió su brazo izquierdo.

—Al otro lado del río estarás a salvo —continuó—. Puede que haya algún nativo, pero no suele ser corriente. Ese río es la frontera de nuestro territorio.

—¿Nuestro? —se extrañó él.

—Sí —dijo Elfrieda sin pestañear—. Escúchame, Vanee. Debiera haber permitido que te matasen, pero a pesar de todo soy agradecida y sé que te debo haber recobrado la normalidad de mi mente. Por eso te salvé la vida, pero no puedo hacer más. Pasa al otro lado del río y estarás salvado, repito.

—¡Pero mi nave está destruida! —gritó Thulin angustiadamente —. ¿Qué voy a hacer ahora…?

Elfrieda se encogió de hombros.

—Eso es cosa tuya —respondió con enorme frialdad—. Bastante he hecho con salvarte la vida. Si ahora te llevase al pueblo de los kathnenses, te matarían, sin que mis esfuerzos sirvieran para nada. Como comprenderás, mi padre no iba a nacer nada en tu favor. Así pues, márchate y tendrás una posibilidad.

—Estoy por apostar que tú sabías que se iba a producir el ataque —dijo él—. ¿Me equivoco?

Elfrieda sonrió por primera vez.

—Lo sabía a los pocos minutos de poner el pie en tierra.

—¿De veras?

—Hay muchos pájaros en el bosque. Una de sus especies se puede domesticar. Es casi inteligente y se emplea para enviar mensajes con sus trinos.

—Y tú conoces la clave…

—Por supuesto.

—Frieda, qué te propones? —preguntó él súbitamente—. ¿Cuáles son vuestros proyectos?

Los ojos de la mujer parecieron arder.

—Mi padre fue condenado injustamente —contestó—. Piensa vengarse y yo le ayudaré.

—¿Cómo? ¿De qué forma?

—Aún no lo sé… pero puedes sentirte satisfecho de estar en Syphor porque un día… ¡la Tierra arderá!

Elfrieda ya no dijo más. Giró bruscamente y echó a andar con paso muy rápido. Momentos después, había desaparecí do de la vista del terrestre.

* * *

Profundamente deprimido, Thulin inició la marcha hacia el río que se divisaba a unos cinco kilómetros de distancia. Se preguntó qué habría al otro lado.

Tendría que verlo por sí mismo. Ahora debería vivir solitario, abandonado a sus propios recursos, en un planeta desconocido y habitado por gentes feroces, poseídas por un enorme sentimiento de xenofobia, que les hacía atacar a todos los extranjeros.

Pero, a pesar de todo, había tenido suene. Estaba vivo gracias a Elfrieda. Era el único superviviente de una compañía de ciento veinte hombres, un médico y una tripulación de astronave, compuesta por catorce miembros. En total, ciento treinta y seis personas, de las cuales era el único que había conservado la vida.

A la espalda llevaba una mochila con algunas provisiones, elementos de cura de urgencia y ropa de abrigo e impermeable al mismo tiempo. También disponía de un diminuto transmisor de televisión, pero, ¿con quién iba a comunicarse, si todos estaban muertos?

Enormemente deprimido, siguió caminando hacia el río, que se veía bordeado por frondosos árboles. La salvación estaba al otro lado, había dicho Elfrieda.

¿Y después?

Por un momento, sintió la tentación de sacar su cuchillo y cortarse él mismo el cuello. Así acabaría antes... pero el instinto de vivir fue más fuerte y desechó aquellas tétricas ideas. Si tenía que morir, que fuese en pie, luchando como un hombre, decidió.

Una hora más tarde, alcanzó la ribera y se despojó de la mochila. Luego se arrodilló para mojarse un poco la cara, empapada en sudor. El río tenía unos ciento cincuenta metros de ancho. Desconocía su profundidad y pensó que debía atravesarlo a nado. Cortaría ramas, construiría una pequeña balsa para su equipo y pasaría al otro lado.

Después...

El futuro era una incógnita, pensó, mientras se llevaba a los labios un poco de agua, recogida en el cuenco de las manos. Repentinamente, oyó un ruido entre el ramaje.

Alguien estaba en las inmediaciones. Alarmado, empezó a ponerse en pie, a la vez que oía un grito horripilante.

Algo brilló en el aire, moviéndose con fulgurante centelleo. Thulin apenas tuvo tiempo de encoger la cabeza. La media luna de acero silbó horriblemente al pasar rozándole os cabellos.

El nativo corrió hacia él, mientras colocaba otro de aquellos horribles artefactos en el lanzador que lo arrojaba a enorme distancia. Thulin se dijo que su única salvación estaba en arrojarse al agua.

Cuando se disponía a hacerlo, vio una raya luminosa que cruzaba el río, a un par de metros de la superficie. El delgado chorro de luz. deslumbradoramente blanco, alcanzó al khatnense en el costado izquierdo.

La carne empezó a humear de inmediato. El nativo continuó corriendo, por la inercia de su marcha, pero, de pronto, cayó de bruces y se quedó completamente inmóvil.

Estupefacto, Thulin se preguntó quién había intervenido en su favor con tanta oportunidad. Miró hacia el lugar de donde había partido el rayo de luz y entonces vio un espectáculo que le dejó sin respiración.

* * *

Un numeroso grupo de personas cruzaba el rio, montadas en unos extraños aparatos, que parecían motocicletas sin ruedas. Cada aparato iba tripulado por una sola persona y tocias llevaban una especie de uniforme verdoso, holgado, con vivos colores amarillo y negro. La cabeza estaba cubierta por un casco blando, también del mismo tejido, con una pequeña cresta longitudinal amarilla y negra, y una pluma en el lado izquierdo.

Los aparatos voladores eran sendos cilindros, con asiento anatómico, muy semejante a una silla de montar, y estribos. Thulin apreció que los guiaban con un manillar no demasía do ancho, sin embargo. A la cola de cada motoneta había una larga varilla de metal muy brillante, que supuso sería la antena del transmisor.

Había unas doscientas motonetas. Cuando las tenía más cerca, observó, aún más asombrado, que la persona que marchaba en cabeza era una mujer.

Ella habló por un micrófono invisible. Los que la seguían se dispersaron por grupos, mediante una maniobra perfectamente ejecutada, que indicó a Thulin un entrenamiento de gran eficacia. Luego, la motoneta descendió suavemente y cuatro cortas patas surgieron de su panza, para permitirle apoyarse en el suelo sin mengua del equilibrio.

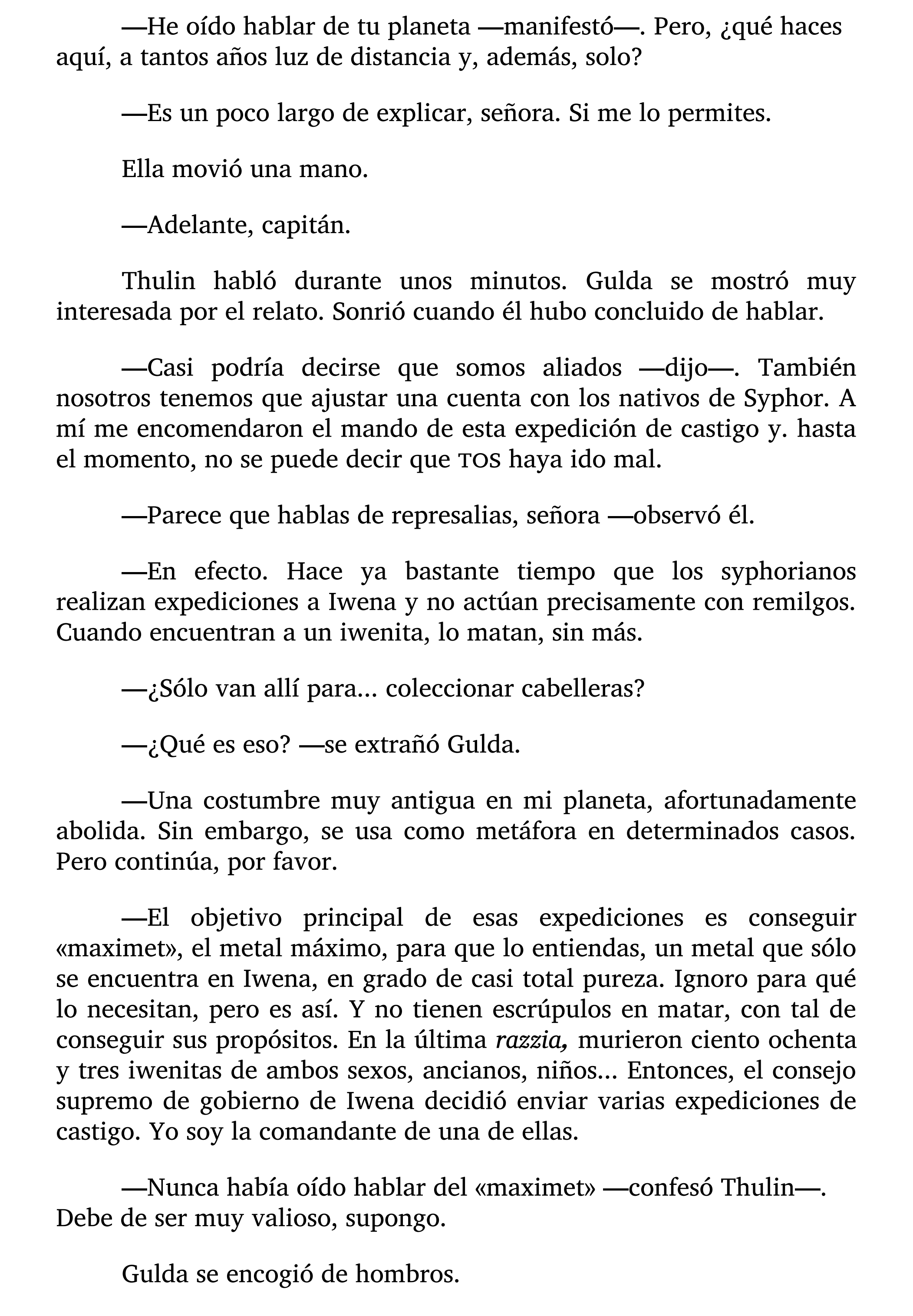
La mujer se apeó, mirándole con curiosidad. Thulin apreció su juventud y la elegancia de su silueta, netamente femenina, a pesar de las ropas de uniforme que vestía, nada favorecedoras. Pendiente del cinturón llevaba una pistola de cañón largo y delgado, con una gran culata, abombada bajo el lugar de la empuñadura.

—Soy la coronel Gulda K'Verr, de Iwena —se presentó—. ¿Quién eres?

La palabra coronel hizo reaccionar al joven automáticamente. Poniéndose rígido, llevó la mano a la sien y contestó:

—Capitán Vanee Thulin, señora. De las Fuerzas de Informaciones Especiales, del planeta Tierra.

Gulda le miró con curiosidad.



—He oído hablar de tu planeta —manifestó—. Pero, ¿qué haces aquí, a tantos años luz de distancia y, además, solo?

—Es un poco largo de explicar, señora. Si me lo permites.

Ella movió una mano.

—Adelante, capitán.

Thulin habló durante unos minutos. Gulda se mostró muy interesada por el relato. Sonrió cuando él hubo concluido de hablar.

—Casi podría decirse que somos aliados —dijo—. También nosotros tenemos que ajustar una cuenta con los nativos de Syphor. A mí me encomendaron el mando de esta expedición de castigo y. hasta el momento, no se puede decir que TOS haya ido mal.

—Parece que hablas de represalias, señora —observó él.

—En efecto. Hace ya bastante tiempo que los syphorianos realizan expediciones a Iwena y no actúan precisamente con remilgos. Cuando encuentran a un iwenita, lo matan, sin más.

—¿Sólo van allí para... coleccionar cabelleras?

—¿Qué es eso? —se extrañó Gulda.

—Una costumbre muy antigua en mi planeta, afortunadamente abolida. Sin embargo, se usa como metáfora en determinados casos. Pero continúa, por favor.

—El objetivo principal de esas expediciones es conseguir «maximet», el metal máximo, para que lo entiendas, un metal que sólo se encuentra en Iwena, en grado de casi total pureza. Ignoro para qué lo necesitan, pero es así. Y no tienen escrúpulos en matar, con tal de conseguir sus propósitos. En la última *razzia,* murieron ciento ochenta y tres iwenitas de ambos sexos, ancianos, niños... Entonces, el consejo supremo de gobierno de Iwena decidió enviar varias expediciones de castigo. Yo soy la comandante de una de ellas.

—Nunca había oído hablar del «maximet» —confesó Thulin—. Debe de ser muy valioso, supongo.

Gulda se encogió de hombros.

—A nosotros no nos sirve para nada, dicha sea la verdad. Pero no nos gusta que se lo lleven a costa de nuestras vidas.

—En eso estoy de acuerdo contigo y deseo que estas expediciones obtengan un éxito absoluto —dijo el joven—. Señora, me has salvado la vida y siempre te lo agradeceré.

—Ha sido un placer —sonrió Gulda.

Era muy guapa, pensó Thulin. Rizos negros se escapaban por debajo de su casquete y enmarcaban el rostro lleno de atractivos. En el grupo que ella mandaba pudo apreciar que hombres y mujeres estaban en proporciones casi iguales. Ninguno de ellos, sin embargo, mostraba el menor disgusto por estar a las órdenes de una mujer más joven que la mayoría, casi una chiquilla.

Otra joven llegó en aquel momento.

—Coronel, los grupos uno, tres y cuatro informan de haber cubierto sus objetivos. El general comandante en jefe ordena la retirada a la nave de transporte, para el viaje de vuelta a Iwena.

—Gracias, capitán —dijo Gulda.

Thulin contuvo el aliento. Los iwenitas se marcharían y él se quedaría allí, solo, abandonado en Syphor… Gulda sonrió de pronto.

—Capitán, vendrás con nosotros —decidió—. Serás nuestro huésped en Iwena durante algún tiempo. Algunas naves terrestres vienen a comerciar en nuestro planeta. Entonces, podrás regresar a la Tierra, aunque no puedo predecirte una fecha fija.

Enormemente aliviado, Thulin ejecutó una versallesca reverencia.

—Señora, mi motivo de gratitud es ahora doble —dijo—. Confío en que el gobierno de la Tierra sepa expresarte también su agradecimiento por lo que has hecho en favor de uno de sus soldados.

Miró con enorme respeto la pistola que disparaba descargas de luz ultraconcentrada, prácticamente sólida. Era un arma terrible, que convertía a las medias lunas khatnenses en inofensivos juguetes.

—Anda, vamos —dijo Gulda sencillamente.

—Soy tu obediente servidor —contestó Thulin.

CAPÍTULO IV

ORDEN N.° 41/I.K. CLAVE 01.

NO RESERVADO. NO CONFIDENCIAL

PARA CONOCIMIENTO DEL INTERESADO Y DE LA FIE EN GENERAL.

PROCEDENCIA:

COMANDANTE EN JEFE FUERZAS INFORMACION ESPECIALES.

DESTINO:

EX CAPITAN VANCE THULIN, N.° 8.377 H.L

TEXTO DE LA ORDEN:

EL INDIVIDUO MENCIONADO EN LA MISMA HA SIDO DEGRADADO, CON PERDIDA DE SU RANGO Y DEMAS HONORES CORRESPONDIENTES, SEGUN SENTENCIA DICTADA POR EL CONSEJO DE GUERRA Y 3.004/2.454.

EL INDIVIDUO MENCIONADO EN ESTA ORDEN PASARA A CUMPLIR CONDENA DE QUINCE AÑOS EN LA GRANJA ALIMENTICIA NUMERO 866 A

LA SENTENCIA HA SIDO DICTADA EN MERITOS A LOS HECHOS PROBADOS EN EL ACTA DE ACUSA CION, A SABER: INCUMPLIMIENTO DE LA MISION ASIGNADA EN LA ORDEN N.° 6.59I/E.R., CLAVE 7F Cl YA COPIA SE ACOMPAÑA.

FIN DEL MENSAJE.

* * *

El sol pegaba con fuerza. Thulin, desnudo de la cintura para arriba, cubierta la cabeza con un sombrero de fibra que parecía ir a desintegrarse en cualquier momento y vestido con unos pantalones cortos y sandalias, movió la pala, la llenó de aquella horrible sustancia verdegris y la arrojó a la vagoneta que pendía del riel de conducción aérea.

Había cientos de hombres como él, y en sus mismas condiciones. Muchos morían antes de terminar la atroz condena. Thulin había sobrevivido a lo largo de tres años infernales.

Tenía la piel curtida como el cuero y casi tan oscura como la caoba. Sus ojos, sin embargo, conservaban el fuego juvenil, que nada podía extinguir.

En aquellos tres años había visto cosas espantosas: hombres que se caían a las tolvas trituradoras, infelices que se ahogaban en las montañas de polvo alimenticio, suicidios, demencias, muertos por agotamiento puro y simple... Pero él había resistido.

Movió la pala nuevamente. Aquel polvo era impalpable y apenas oponía resistencia a su manejo. Era aún más fino que la más fina harina de trigo y el hombre que tenía la desgracia de caer en una de aquellas colinas, que se alzaban a veces hasta cuarenta y cincuenta metros del suelo, se hundía a plomo, como si hubiese caído al mar y con veinte kilos de lastre en los pies.

Pero era comida, alimento para una humanidad insaciable. El polvo era transportado primero por las vagonetas aéreas, arrojado después en una interminable cinta transportadora y luego enviado a las máquinas compresoras, que producían millares de tabletas comestibles por minuto. Después, las tabletas eran empaquetadas en enormes cajas, que gigantescos camiones aéreos llevaban a los centros de distribución.

Ya se había acostumbrado al olor, entre dulzón y picante. Los primeros días resultaron un infierno. Luego vino el hábito, la rutina, las nueve horas de trabajo, con un alto a mediodía para comer... una tableta de aquella bazofia que, sin embargo, resultaba

extraordinariamente alimenticia y contenía todos los elementos para una nutrición equilibrada.

Después de la jornada de trabajo, venía el período de aseo. En medio de todo, estaban relativamente bien tratados. Los alojamientos eran higiénicos y disponían de agua abundante. También se les concedían unas horas determinadas para contemplar los programas de televisión e incluso había una hipoteca con un par de millares de volúmenes, renovados periódicamente.

En la granja número 866-A había de todo: ladrones, asesinos, estafadores, violadores, homosexuales, desertores... pero la evasión era imposible.

Una enorme cerca metálica, electrificada, de doce metros ce altura, rodeaba el recinto, que tenía una extensión de cinco kilómetros cuadrados. Había guardias armados en las torretas, espaciadas cada doscientos cincuenta metros, y teman orden de disparar contra el que se acercaba a menos de diez metros de la valla.

La condena se cumplía exactamente, día a día, sin la menor reducción por buena conducta. Los casados, sin embargo. disfrutaban de una visita mensual de su esposa. No se admitían mujeres cuyos lazos sentimentales con el condenado no tuviesen la sanción legal del matrimonio.

Thulin cargó la vagoneta, que se puso en marcha automáticamente, al recibir el peso programado por el ordenador correspondiente. Otra vagoneta se acercó segundos después.

Entonces, se oyó el toque más deseado por todos los presos: el toque de alto.

—Fin de jornada —suspiró alguien a pocos pasos de distancia.

Thulin dejó la pala clavada en el polvo.

—Al baño, muchachos —sonrió.

Los condenados empezaron a formar una doble fila. Luego. a una orden del guardia, caminaron hacia las duchas.

—Creo que esta noche tenemos un buen programa —dijo Rocky Hahn, un sujeto gigantesco, de dos metros diez y ciento veinte kilos de peso. Cumplía veinte años de condena, por haber matado al amante de su esposa.

—Sí. es un título muy atractivo. «Aprenda a evadirse de una granja alimenticia, en diez fáciles lecciones por correspondencia» —rió otro de los condenados.

Era Vito Dazio, menudo, de ojos chispeantes y mente aguda. Estaba condenado a nueve años por estafa. Había encontrado un «primo», que creyó le compraba la Monna Lisa, de Leonardo. El timado descubrió la estafa, cuando vio que el supuesto cuadro no era sino una tela en blanco.

Los tres rieron. Habían hecho buenas migas y solían defenderse de las intemperancias de otros condenados. Rocky, sobre todo, se hacía respetar por la potencia demoledora de sus puños. Nadie se atrevía a gastarle la menor broma. Una vez, alguien mencionó los cuernos de toro y Rocky le aplastó la nariz con una ligera caricia. De haberle golpeado con todas sus fuerzas, le habría juntado la cara con la nuca.

—En serio —dijo Thulin—, ¿cuál es el programa?

—«El Salvador de la Tierra» —contestó Rocky.

—Sí, ese héroe invencible que nos salva a todos los terrestres de los malignos invasores, derrotándolos con un ligero movimiento del dedo meñique. El relamido Tony Basley.

—Para las mujeres es único —dijo Thulin.

—Espero que no vengan a invadirnos algún día —intervino el gigante—. Con Basley como jefe de las fuerzas de defensa… nos derrotarían en diez minutos.

—Bueno, son películas inverosímiles, pero, al menos, te diviertes y olvidas un poco esta cochina vida —dijo el joven.

Callaron los tres unos momentos. Les esperaba un día absolutamente igual a todos los precedentes. A Thulin le quedaban doce años, ocho a Dazio y dieciséis a Rocky. Las perspectivas no tenían nada de agradables.

Dazio carraspeó.

—¿Qué sabor tendrá hoy la cena? —preguntó.

El régimen alimenticio incluía una variación de sabores, a fin de evitar trastornos síquicos, producidos por una monotonía en la

comida. Pero, al cabo del tiempo, llegaban a conocer y hasta a odiar el sabor de los alimentos en tableta.

—Pollo asado con patatas fritas —contestó Rocky.

—Menos mal, pensé que sería carne de vaca con verdura. No me gusta.

Entraron en las duchas. El agua arrastró la suciedad acu mulada en nueve horas de trabajo. Cuando estuvieron aseados. se secaron en los chorros de aire caliente. Luego se pusieron unos monos limpios, que ya les estaban aguardando y, a continuación, fueron al comedor.

Después de la cena, se dispusieron a pasar al salón de recreo. Entonces, alguien voceó el nombre de Thulin.

El joven miró con curiosidad al oficial de guardia.

—Soy yo —dijo—. ¿Puedo saber qué sucede?

—Acompáñame.

—Sí, señor.

Era una orden que no podía ser ni siquiera discutida. El ricial llevaba en la mano su látigo acondicionador. Bastaba en pequeño toque, para que el cerebro del desobediente que case influenciado hipnóticamente y abandonase sus veleidades ce rebeldía.

El oficial le llevó a una de las salas de visita, conduciéndole, sin embargo, a la parte correspondiente a las personas libres.

— Espere —dijo.

Thulin se devanaba los sesos, tratando de averiguar a qué >e debía aquel extraño comportamiento. De pronto, vio que se abría una puerta.

Alguien entró en la sala. Thulin. estupefacto, reconoció inmediatamente a la hermosa visitante.

—¡Gulda! —exclamó—, ¡Gulda K'Verr!

Ella sonrió. Tenía en la mano un rollito de papel y se lo tendió al joven.

—La misma. Vanee —dijo. Y añadió—: Tu perdón. Estás libre.

* * *

Thulin no acababa de creérselo. Gulda le había llevado a ano de los más lujosos hoteles de la capital, negándose por el momento a darle explicaciones. Una vez en el hotel, y aunque estaba limpio. Thulin decidió darse un baño.

El olor a alimento sintético persistía, a pesar de todo, epidérmicamente y, en aquel ambiente, donde no había ni el menor rastro de polvo alimenticio, se notaba desagradablemente. Gulda estuvo de acuerdo y le dejó solo.

Encontró ropas en el dormitorio y se vistió con camisa, cazadora y pantalones cortos. Los zapatos eran blandos, cómodos. Todo era de su medida. Gulda, calculó, debía haber estado planeando su libertad durante algún tiempo. Pero, ¿por qué?

Ella apareció poco después, con un vestido largo, muy, escotado, con abundantes velos, de color rojo fuego. Sonriendo, enormemente satisfecha, dio unas, cuantas vueltas por la estancia, haciendo ondear los finos tejidos de la indumentaria.

—No tenemos en Iwena nada parecido —dijo—. En tu planeta, la tradición persiste al cabo de los siglos. ¿Sabes?, me he comprado medio centenar de vestidos, zapatos, bolsos...

—Eso cuesta dinero —observó Thulin pensativamente.

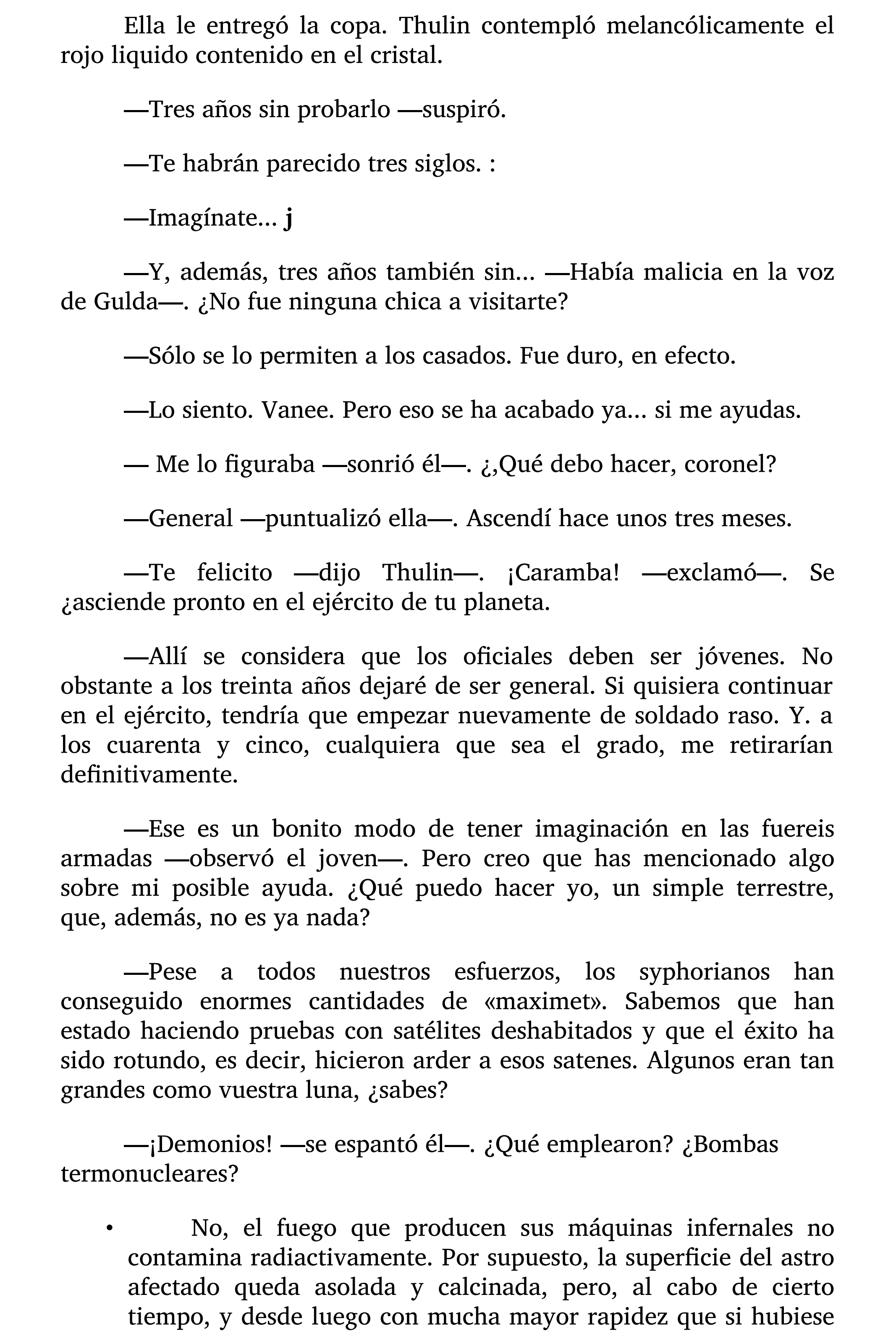
—Lo sé. Pero me asignaron una cantidad para gastos, aparte de lo que yo había ahorrado de mis sueldos. Y eso sin contar con la fortuna familiar.

—Magnífico. Entonces, me has proporcionado la libertad, sólo para tener un admirador.

—No seas tonto. ¿Quieres una copa?

—Sí, gracias.

Thulin se propuso ser paciente. Gulda hablaría cuando lo estimase necesario. No le había conseguido el perdón sólo por capricho personal.



Ella le entregó la copa. Thulin contempló melancólicamente el rojo liquido contenido en el cristal.

—Tres años sin probarlo —suspiró.

—Te habrán parecido tres siglos. :

—Imagínate... **j**

—Y, además, tres años también sin... —Había malicia en la voz de Gulda—. ¿No fue ninguna chica a visitarte?

—Sólo se lo permiten a los casados. Fue duro, en efecto.

—Lo siento. Vanee. Pero eso se ha acabado ya... si me ayudas.

— Me lo figuraba —sonrió él—. ¿,Qué debo hacer, coronel?

—General —puntualizó ella—. Ascendí hace unos tres meses.

—Te felicito —dijo Thulin—. ¡Caramba! —exclamó—. Se ¿asciende pronto en el ejército de tu planeta.

—Allí se considera que los oficiales deben ser jóvenes. No obstante a los treinta años dejaré de ser general. Si quisiera continuar en el ejército, tendría que empezar nuevamente de soldado raso. Y. a los cuarenta y cinco, cualquiera que sea el grado, me retirarían definitivamente.

—Ese es un bonito modo de tener imaginación en las fuereis armadas —observó el joven—. Pero creo que has mencionado algo sobre mi posible ayuda. ¿Qué puedo hacer yo, un simple terrestre, que, además, no es ya nada?

—Pese a todos nuestros esfuerzos, los syphorianos han conseguido enormes cantidades de «maximet». Sabemos que han estado haciendo pruebas con satélites deshabitados y que el éxito ha sido rotundo, es decir, hicieron arder a esos satenes. Algunos eran tan grandes como vuestra luna, ¿sabes?

—¡Demonios! —se espantó él—. ¿Qué emplearon? ¿Bombas termonucleares?

• No, el fuego que producen sus máquinas infernales no contamina radiactivamente. Por supuesto, la superficie del astro afectado queda asolada y calcinada, pero, al cabo de cierto tiempo, y desde luego con mucha mayor rapidez que si hubiese

sido bombardeada atómicamente, puede ser habitable ce nuevo.

- Empiezo a sospechar lo que vas a decirme. Sobre todo si pensamos que el profesor Hirschoff y su hija están con los hombres de Syphor.

- —Si, quieren hacer arder la Tierra.
- Thulin calló unos momentos. La enormidad de lo que sugería aquella respuesta. Le abrumaba completamente. 0Qué clase de artefacto diabólico había inventado aquel científico demente para tratar de convertir en cenizas la superficie de la tierra?
- Gulda habló antes que él.

- Sabemos que tienen una base, menos secreta de lo que sospechan, en donde están preparando las máquinas que trasladarán a través del espacio, para atacar la Tierra. Nuestro plan consiste en adelantarnos a ellos y destruir esa base.

- —Eliminar la amenaza *ab ovo.*—Exactamente.—Pero se necesitará mucha gente...
- —No —contradijo Gulda enérgicamente—. Cuantos me nos intervengan, mejor. Por ahora, ellos ignoran que conocemos sus planes. Si viesen llegar de repente a una flota de naves dispuestas a atacarles, podrían desencadenar represalias contra Iwena. Nuestra situación, en tal caso, se haría insoportablemente más dura.La joven calló un momento. Su pecho, de firmes contornos, palpitaba con fuerza. Al cabo de unos segundos, añadió:—Los satélites calcinados que he mencionado antes pertenecían a Iwena. Con esa demostración, nos derrotaron y ahora estamos en sus manos. Hirschoff. su hija y Syphor son ahora los dueños de mi planeta —concluyó dramáticamente.

- ## CAPÍTULO V

- —Iwena les interesaba como base de suministro de «maximet», elemento que, ignoro las causas, les es esencial para el funcionamiento de sus máquinas destructoras. Por si 10 lo sabías —continuó Gulda—, te diré que el «maximet» es un compuesto natural de varios metales, lo cual le confiere unas propiedades únicas. En un kilo, por ejemplo, entrarían alrededor de cuatrocientos veinte gramos de oro, doscientos veinticinco de plata, ochenta de platino, cincuenta de iridio. treinta de cesio y rubidio, y cantidades menores de wolframio. tungsteno y torio, hasta completar los novecientos noventa y nueve gramos, con sesenta y cuatro centésimas de ¿ramo. Las treinta y seis

centésimas de gramo restantes son ce un metal que no ha podido ser identificado hasta el mollento, pero, sin el cual, el «maximet» es un vulgar conglomerado de minerales, que sólo tendrían el valor monetario que poseen en la actualidad, y sólo como ¡ales metales, individualmente considerados. Sin ese elemento o metal no identificado. ¡VINI. para abreviar, el «maximet» no es nada.

- —Vamos, la sal del guiso —sonrió Thulin.—Justamente.— Entonces, tu visita tiene un doble objeto: salvar a la Tierra de la destrucción y liberar a Iwena de la esclavitud. —Así es. Vanee.Thulin hizo un gesto de asentimiento.
- —Te ayudaré, aunque no fuese más que para vengar a mis camaradas muertos en Syphor —dijo—. Tu plan, supongo, consiste en infiltrarse en esa base y volar las instalaciones.
- —Más o menos, en líneas generales, así es. Luego, en su momento, ya estudiaremos un plan hasta en los menores detalles.—De todas formas, pienso que dos personas no serian suficientes. Una multitud estropearía la cosa, desde luego, pero hay que atacar con probabilidades de éxito. Y considero que cuatro personas serían una garantía de triunfo.—Seguramente, tienes razón —admitió Gulda—. ¿Has pensado ya en las personas que nos acompañarán?
- Thulin la miró inquisitivamente.—¿Te costó mucho conseguir mi perdón?Gulda sonrió.
- —Un poco, a decir verdad. Pero vengo apoyada por mi gobierno. Además, en el tuyo hay quien considera que fuiste castigado en exceso y no merecías una sentencia tan dura.—Bien, en tal caso, vas a tener que echar mano nuevamente de todas tus dotes de persuasión. Te escribiré los nombres, para que vayas a ver... quien sea, y consigas que a ellos también les concedan el perdón.
- —Ah, están presos...
- —Se llaman Rocky Hahn y Vito Dazio. Pienso que serán dos elementos valiosos, en el viaje a la base de Hirschoff.—No se hable más. Conseguiré el perdón para esos dos condenados. ¿Necesitas alguna otra cosa?—Sí. Un poco de dinero. Quiero salir a divertirme... y, de paso, a realizar algunas investigaciones por mi cuenta. Durante mi prisión, me enteré de que los syphorianos habían establecido relaciones diplomáticas con la Tierra.—Eso forma parte de su plan de destrucción. Necesitan informes sobre lo que sucede aquí.—Y nosotros necesitamos informes de lo que hacen los syphorianos.
- —Perfectamente. Te daré dinero... —Los ojos de Gulda chispearon—. Cuidado con las diversiones. —Sabré

compaginarlas con el deber —rió él.

* * *

- Sacó un fajo de billetes y se lo enseñó al individuo que tenia frente a sí.
- —Hace menos de una semana, llegó una nave syphorita a la Tierra. Quiero una copia de la grabación de la ruta espacial. ¿Podrás conseguirla?
- Marty Hitman, ex ingeniero en tiempos y actualmente ladrón de secretos industriales, sonrió con suficiencia.
- —Si quieres, te traigo hasta el sostén de la comandante de la nave. El que lleva puesto, naturalmente, y ella no se enterará hasta que vaya a desnudarse por la noche.
- —Ah, el comandante de esa nave es una mujer.
- —Muy hermosa, por cierto. Se llama Smyra. Un bombón, tú.
- Thulin asintió.
- —Lo tendré en cuenta. ¿Cuándo me entregarás la grabación
- —Dame tres días, por lo menos. ¿Te veré aquí? —Sí, Marty.—Entonces, no te preocupes de más.
- Los billetes cambiaron de dueño. Thulin se puso en pie. — Suerte, amigo —se despidió.
- Hacía ya tres semanas que trabajaba en el asunto y había desplegado de nuevo la red de antiguos confidentes, lo que le había permitido conseguir valiosas informaciones. Prácticamente, sólo necesitaba que Hitman realizase su encargo, para dar por terminada la primera etapa del plan.Regresó a su apartamento. Dos hombres se le arrojaron encima, saludándole efusivamente. Rocky estuvo a punto de aplastarle con su abrazo de oso. Dazio trepó a una silla y le besó en la frente.
- —Has hecho un milagro —dijo el gigante.
- —Vanee, eres mi hermano. A partir de ahora, el que te cause el menor daño, tendrá que vérselas conmigo —añadió Dazio.
- —Yo le aplastaré, le retorceré como a un paño mojado...
- —Y mientras, yo le sacaré las tripas, se las lavaré, las llenaré luego de dinamita y...—Basta, muchachos —rogó Thulin, alzando las dos manos a la vez—. En realidad, no soy yo quien ha conseguido vuestro perdón, pero se lo pedí a la persona adecuada.
- —Lo cual viene a ser lo mismo —dijo Rocky.
- —Estamos libres gracias a ti y eso es lo que cuenta —exclamó Dazio.—Pero —agregó Rocky—, no nos has sacado para disfrutar de nuestra compañía solamente, ¿verdad?

- —Eres listo, enanito —rió el joven—. Bien, más tarde, os explicaré por qué estáis libres. Ahora, vamos a tomar una copa.
- Thulin destapó una botella, llenó las copas y luego levantó la suya:
- —¡Brindo por los filetes naturales, jugosos, sangrantes, con patatas fritas, setas y cebollitas tiernas alrededor!
- —No digas eso o me dará un ataque —gimió Dazio.—¿Existen aún esas cosas? —preguntó Rocky ávidamente.
- —Ese plato es el principal de la cena que nos van a servir dentro de veinte minutos, entre otras cosas —aseguró el joven —. Y podéis repetir hasta reventar, creedme.
- —Vanee, eso cuesta una pequeña fortuna. ¿De dónde has sacado el dinero? —preguntó el gigante.
- —No seas curioso. Vito, necesito de ti sobre todo. De tus habilidades, para ser exacto.
- —¿Quién es el «primo»? —quiso saber Dazio.—Una mujer. Manda una astronave y quiero conseguirla.—0No eres capaz de utilizar tu fuerza de seducción?
- —Hablo de la nave, hombre. No podemos robarla, pero sí convendría que fuese nuestra. ¿Se te ocurre alguna idea?
- Dazio meditó unos segundos.
- —Dame todos los detalles que puedas —dijo al cabo. Hace tiempo, intenté algo parecido. Naturalmente, para r. vender la nave después, no para quedármela. Fallé por lo polos... pero la culpa no fue mía del todo. Ahora creo que podría conseguirlo.
- —Está bien. Empezaré...
- En aquel momento, llamaron a la puerta. Thulin se interrumpió, sonriendo:
- —Creo que es la cena. Seguiremos después, ¿os parece?
- Abrió la puerta y un camarero entró, empujando un carro bien provisto de comida y bebida. Rocky puso los ojos en blanco.
- —Me parece un sueño —suspiró.
- * * *
- La mujer le dio un empujón y se volvió hacia él. con la sonrisa en los labios.
- —Dispensa, no te había visto.—No te preocupes, no ha sido nada —contestó Thulin.
- Estaba en el mostrador del mismo local donde se había entrevistado con Marty Hitman. La mujer era joven, terrible mente atractiva. El vestido ocultaba muy poco de sus senos redondos y excitantes.
- —Me llamo Helen —se presentó.
- —Soy Vanee —dijo él. ¿Quieres una copa, Helen?

Encantada.

- Bebieron juntos. Thulin empezó a impacientarse. Humano aparecía. Aprensivo, se preguntó si le habría ocurrido algo.
- —¿Esperas a alguien? —dijo ella.

¿Y tú?

- Helen se echó a reír.
- —Me ha dejado plantado —contestó.
- —Yo quedé con un amigo, para un negocio, pero se retrasa. Si no viene dentro de un cuarto de hora, me marcharé. ¿Otra copa. Helen1?
- —Podríamos tomarla en mi apartamento —sugirió ella. Hitman se hizo visible en aquel momento. —Perdona —se disculpó Thulin.
- Fue hacia el sujeto y le miró expectantemente. Hitman hizo un leve gesto de cabeza.—Lleva la copia al hotel —ordenó Thulin—, Entrégasela personalmente a la generala Gulda K' Verr. Es una iwenita que está haciendo turismo en la Tierra.
- —Creí que tú...—Me voy de «excursión» —rió el joven.Hitman sonrió también.—Descuida, Vanee. Diviértete.—Gracias, Marty.Thulin regresó junto a la exuberante Helen. —Un negocio rápido —comentó ella. —Sólo se trataba de decir sí o no —sonrió Thulin—, ¿Vamos?
- Cruzaron la sala y llegaron a la puerta. Cuando asomaban al exterior, Thulin creyó ver un rostro conocido.Parpadeó de asombro. No, no podía ser. Elfrieda estaba en la base secreta de los syphoritas. Debía de haber sufrido una ligera alucinación, la mujer se le parecía bastante...
- «O es que estás un poco nervioso», se dijo.En todo caso, Helen le ayudaría a relajarse.
- Un cuarto de hora más tarde, entraban en el apartamento. Helen dijo que iba al tocador unos momentos.
- —Prepara algo de beber mientras, ¿quieres?—De acuerdo, pero, ¿qué prefieres, hermosa?
- —Cualquier bebida es buena para iniciar la velada —contestó ella, con prometedora sonrisa.Había un estante bien servido de botellas. Thulin cogió una y examinó la etiqueta. Sí, valía la pena probar aquel whisky, aunque fuese sintetizado. En realidad, no se diferenciaba en nada del auténtico.Llenó parcialmente dos vasos. Entonces se fijó en el bolso que Helen había dejado sobre un estante contiguo.El instinto de la profesión renació en él de golpe. Cautelosamente, abrió el bolso. Se alegró de su curiosidad y, al mismo tiempo, se sintió estupefacto al ver el apretado fajo de billetes de alta denominación que había en el interior del bolso.

Helen no era una buscona cualquiera, sino más bien una mujer en busca de una aventura agradable. Pero en ningún caso resultaba lógico que tuviera tanto dinero contante y sobre todo, a una hora relativamente avanzada. Ni aunque hubiese estado recibiendo «visitantes», profesionalmente, habría conseguido una suma tan elevada, dedujo muy pronto.

CAPITULO VI

Helen salió, ataviada con una *negligée* muy vaporosa, de color negro. «En pleno siglo XXV, las mujeres siguen empleando las mismas artimañas para seducir al varón», pensó él.

—Aquí tienes tu copa —sonrió Thulin. —Veo que tú ya has bebido —observó Helen. —Sí, tenía un poco de sed... Ella contempló su vaso.

—Perdona, pero me has puesto algo que no me gusta demasiado a estas horas. ¿Te importa que beba algo más suave? —Estás en tu casa —sonrió él.

Helen eligió una botella de jerez sintético, que aún tenía el precinto puesto. Thulin. galante, la descorchó, y llenó otra

copa.

—Salud —dijo ella. Tomó un par de sorbos y sonrió. —¿Quieres algo más. Vanee? —No, gracias.

— Ven. sentémonos allí. Charlaremos un rato...De pronto. Helen se puso una mano en el estómago.—Dios, me abraso.Thulin respingó.—¡Helen! Llamaré a un médico...

El rostro de la joven se había puesto encarnado, casi al rojo vivo. Sus ojos parecían salirse de las órbitas.

El resto del cuerpo enrojeció también. La voz de Helen se

transformó súbitamente en un gemido que no tenía nada de humano, absolutamente ininteligible. Thulin se sentía horrorizado.

De pronto, ella se derrumbó sobre la alfombra. Morbosamente fascinado, observó que la joven se disolvía literalmente, como si estuviese sumergida en un baño de ácido altamente corrosivo. Incluso las ropas que llevaba puestas empezaron a desaparecer, convertidas en leves nubecillas de polvo.Instantes más tarde, todo lo que quedaba de Helen era una mancha negruzca en la alfombra, con los contornos de su silueta. El tejido de la alfombra también se había disipado en la atmósfera.El sistema de aireación se encargó de ventilar la estancia. Thulin se felicitó de la precaución que había tenido de arrojar su whisky en la tierra de una maceta de adorno.

- La planta se disolvía también. Era horrible, se dijo.
- Durante unos segundos, permaneció anonadado, incapaz de coordinar sus pensamientos. Luego, de pronto, tomó una decisión.
- * * *
- La puerta del apartamento se abrió lentamente. Los ojos de la recién llegada se pasearon por el interior de la estancia. Las huellas de la muerte de Helen eran claramente visibles.
- Ella sonrió satisfecha. De pronto, oyó una voz:
- —Pasa, Frieda. Cierra la puerta, por favor, no conviene que los vecinos oigan nuestra conversación.
- Elfrieda respingó. La voz salía de un butacón, situado en el otro extremo, de espaldas a la entrada.
- —¡Vanee!El butacón era giratorio y Thulin le hizo dar media vuelta. —Estoy vivo, aunque supongo que llegaste a pensar que habría muerto en el dormitorio —dijo.
- Ella entornó los ojos. Thulin vio señales de dureza en su rostro. Habían pasado tres largos años y se le notaba en las facciones.
- —Eres listo, Vanee.
- —Verás, de momento, no sospeché. Sentía deseos de retozar un poco con una mujer muy guapa. Ella se dejó el bolso en una consola y se me ocurrió hurgar en su interior. No es corriente que una mujer, aunque no sea una profesional, lleve medio millón encima.
- —Y por eso sospechaste...
- —La verdad, creí que el whisky estaría envenenado, pero nunca llegué a sospechar que «todas» las botellas están envenenadas. Por lo visto, querías estar segura.
- —Lo admito —contestó Elfrieda sin inmutarse.
- —Me decepcionas horriblemente. Podría pensar que te ponías al lado de tu padre por amor filial, por ayudarle en sus planes, por odio hacia los que le condenaron... pero jamás te creí capaz de planear tan despiadadamente la muerte de una persona, a la que. seguramente, no habías visto jamás ni tenias con ella la menor relación.—Este es un juego de enorme importancia. La vida de una persona es menos que una gota de agua en el océano.—Tu forma de pensar me da náuseas. Frieda, ¿sabes lo que te espera si te atrapan?
- Ella sonrió burlonamente.—¿Lo harás tú?
- —Estoy desarmado. —Thulin enseñó las palmas de las manos—. No faltará quien lo haga. —Seguramente, avisado por ti. —En efecto, así es.
- —Ya no recuerdas que te salvé la vida...Thulin señaló con

la cabeza la marca de la alfombra.

- —Ese asesinato ha cancelado cualquier sentimiento de gratitud en mí —contestó.—Muy bien, entonces, estamos empatados. Te diré una cosa. Vanee. No lo conseguirás.
- —No conseguiré, ¿qué?Elfrieda alzó el busto poderoso.—Sé que planeas destruir nuestra base secreta. Estaremos preparados —dijo incisivamente. Thulin parpadeó.
- —Tienes un buen servicio de información —elogió. —Y dinero en abundancia. Así es fácil comprar las conciencias —rió ella.
- —De todas formas, me considerabas peligroso, puesto que quisiste eliminarme.
- —Lo consideré necesario.—Sí, te creo.Thulin se puso en pie.—Frieda, prepárate —dijo.
- Ella tenía el bolso en las manos. De pronto, sacó una pistola.Thulin estaba prevenido y se la arrebató de un manotazo, haciéndola volar al otro extremo de la estancia. Elfrieda chilló horriblemente, pero, al mismo tiempo, levantó la rodilla.Se oyó un rugido inhumano. Thulin cayó de espaldas. Le pareció que algo le rajaba el cuerpo, desde el bajo vientre hasta el cuello. Perdió la respiración y, durante unos segundos, se sintió absolutamente sin fuerzas.Elfrieda dio un paso hacia adelante, para recuperar la pistola. En el mismo momento, se oyó un agudo zumbido, que se acercaba con enorme rapidez.Maldiciendo horriblemente, giró en redondo y escapó a todo correr. Thulin, rabioso, tuvo que contemplar su huida, sin poder hacer nada para evitarlo.
- * * *
- —Ya tengo los explosivos —anunció Rocky.
- En los últimos días, y por razones de seguridad, vivían en una casa aislada, en las afueras. Rocky había llegado con cuatro cajas, cuyo peso total no superaba los cien kilos. Formaban una pila de poco más de un metro de alto, pero el gigante la manejaba como si las cajas contuvieran aire simplemente.
- Gulda estaba presente y esperó ansiosa las explicaciones de Rocky. El gigante sacó de su bolsillo una bolita poco mayor que un guisante y la sostuvo con el índice y el pulgar.—Le llaman como a nuestra primera madre, EVA —explicó—. Son las iniciales de Explosivo Vice-Atómico. Es decir, casi tan potente como una bomba atómica, en igualdad de peso, pero sin sus nefastas consecuencias radiactivas. Este guisantito, por ejemplo, con el detonador adecuado, podría reducir a escombros un edificio de cincuenta pisos.—¿Cuántos kilos de Eva has

conseguido? —preguntó Thulin.—Cien, con los detonadores, fulminantes y aparatos de relojería correspondientes, que pueden ser accionados tanto a mano como por control remoto. —Y eso representa, con respecto a los explosivos convencionales... —quiso saber Gulda.—Un gramo, diez kilos de la vieja dinamita. Por tanto, un kilo son diez toneladas. Y cien kilos, mil toneladas.

- —Asombroso —comentó la joven.
- —En nuestro caso, lo que necesitamos —sonrió Thulin—, Gulda. tú tienes un plano o algo por el estilo de la base del profesor Hirschoff.—Nuestro espía es un hombre de memoria fotográfica y reprodujo luego una panorámica, de la cual obtuvimos un plano. Puede haber errores, naturalmente, pero creo que serán sin importancia. Tengo copias de la panorámica y del plano.
- —Es decir, un dibujo.—Sí. Vanee.—Bien, los estudiaremos cuando estemos en vuelo.Dazio entró en aquel momento.—Hola a todos —saludó—. ¿.Cómo va la cosa?—Nosotros bien. ¿Y tú? —dijo Thulin.Dazio sonreía maliciosamente.
- —Smyra está en el bote — contestó—. Pasado mañana es la «operación». Tengo ya varios auxiliares, habituales míos...—¡Un momento! —exclamó Gulda—. ¿No habrá peligro luego de alguna filtración?—No te preocupes, generala. Son personas con las que siempre he trabajado. Naturalmente, lo hacen por un porcentaje del importe de la operación. Ahora bien, aquí, como no obtendremos dinero, tendrás que poner tú los fondos necesarios —contestó Dazio.—El dinero no es problema —aseguró la joven—. ¿Cuánto, Vito?
- —Les aseguré un mínimo de diez mil... Son siete, en total. —Veinte mil para cada uno.—Te bendecirán mientras vivas —rió Dazio.—De modo que Smyra está convencida —intervino Thulin.Dazio le guiñó un ojo.
- —Está harta de ciertos despotismos, y eso que ella tiene la ventaja de ser comandante de una astronave. Puede que haga lo que antiguamente se decía asilo político.
- —Y se quedará en la Tierra.
- —Nuestro planeta le encanta. Sus gentes, sus costumbres, los maravillosos monumentos que nos legaron nuestros ante pasados... y también la amabilidad, la simpatía, la caballerosidad y la gentileza de algún terrestre... —Dazio se echó aliento en las uñas y se las frotó contra la tela de su cazadora—. No es por alabarme, pero he causado gran impacto en su corazón.
- Gulda se echó a reír. —La

has conquistado.

- —Por ahora, me he portado con gran mesura, lo cual significa que estoy avivando el fuego. Lástima que luego se haya de llevar una grave decepción... pero así es la guerra, supongo. —Vito, si esa misma mujer te encontrase en la superficie de Syphor, te cortaría la cabeza sin sentir el menor remordí miento —aseguró Gulda.
- —Bueno, pero ahora está en la Tierra...Thulin levantó una mano.
- —Me interesaría saber si nosotros podemos asistir como espectadores a la función —dijo.
- —Oh. claro que si, cuanta más gente, mejor. Hasta cieno punto, porque todos los presentes han de ser de confianza. —De acuerdo. De modo que pasado mañana. — A las diez y media en punto —respondió Dazio.
- * * *
- Smyra era una mujer de busto exuberante y de unos treinta y cinco años de edad, muy guapa, de pelo rubio y sólidas caderas. Thulin advirtió que era muy inteligente en algunos aspectos. En otros, resultaba tan ingenua como un recién nacido.Los pocos visitantes del museo iban de aquí para allá, deteniéndose ante los cuadros expuestos en las paredes. Dazio. elegantemente vestido, acompañaba a Smyra con la actitud propia de un cicerone. Gulda iba del brazo de Thulin y ambos tenían el aspecto de una pareja de enamorados que deseaba disfrutar un rato con las obras de arte expuestas en el museo.Rocky, por su parte, recorría lentamente las salas, examinando los cuadros con el aire de un crítico entendido, incluso llevaba una potente lupa, con la que en ocasiones, examinaba determinados detalles de una pintura. De pronto, agitó una mano, a la vez que lanzaba una exclamación:—A ver. ¿dónde está el jefe de restauradores? Hace ya tres meses que ordené se llevaran este cuadro al taller de restauración y sigue todavía en su sitio. Parece que aquí todo el mundo hace oídos sordos a mis órdenes...
- Alguien corrió hacia el gigante.
- —Dispense, señor, el encargado está enfermo y se le habrá pasado sin duda... Hoy mismo llevaremos el cuadro a restaurar...
- Alguien emitió de pronto una protesta a voz en cuello.
- —Pero, ¿qué hacen estos cuadros aquí todavía? Los compré la semana pasada y me prometieron que hoy mismo estarían en mi casa...
- Dazio se separó un momento de Smyra.

- Perdone, señor VanHoffen, ha sido cosa de la maldita burocracia... Puedo garantizarle, como director de este museo, que hoy mismo embalaremos los cuadros para llevárselos a su residencia.

- El «comprador» le miró con gesto irritado.
- —Espero que no tenga que darme más excusas, señor Zolingen —contestó—. De lo contrario, tendría que formular una reclamación por daños y perjuicios contra este museo... y la junta rectora le retiraría los plenos poderes que le fueron concedidos hace muchísimos años. Soy hombre de grandes influencias en las altas esferas, ¿comprende?—Me disculpo humildemente, señor Van Hoffen —contestó el timador—. Puede marcharse tranquilo, haremos lo imposible para obtener su perdón.

- Así lo deseo, señor Zolingen —dijo secamente el «comprador».

- Dazio, que usaba el nombre de Zolingen para la ocasión, regresó junto a Smyra.—Tendré que despedir a unos cuantos empleados —dijo altisonantemente—. Algunos están aquí por recomendación, pero, al diablo con las influencias: el deber es lo primero. ¿No te parece, Smyra?—Sí, claro... Pero yo no tengo casa donde llevarme los cuadros...
- —Ya te dije que no era necesario. Ese hombre es inmensamente rico y los quiere para su museo privado. Pero tú puedes hacer lo que otros muchos: comprar una sala y luego revender con enormes ganancias. La sala entera te costaría poco más de lo que te costaría un cuadro aislado. También puedes conservar la propiedad y, entonces, percibir el porcentaje de los ingresos. Este museo es visitado anualmente por dos millones y medio de personas, que dejan un beneficio mínimo de veinticinco millones. Hay doce salas, de modo que tus ganancias podrían ser de dos millones. Pero si prefieres vender, cuadro a cuadro...
- —Tendría que pensármelo, Vito —dijo Smyra—. Y ya sabes que no tengo dinero suficiente...
- —Te dije que me bastaba con tu nave como pago de la compra. Luego, mi amigo, el presidente de la Mundial Steel, me la comprará por cinco millones. Naturalmente, no le diré el nombre del anterior propietario, pero puedes imaginarte que esos cinco millones irán a parar a tu cuenta antes de una semana.
- Smyra cedió finalmente.—Sin embargo, hay un obstáculo

—alegó.—¿Cuál, por favor?—Vine con tres tripulantes. ¿Qué les digo, Vito?

- —¿Me permites que yo me encargue de esa tarea? Fui diplomático en tiempos y...Smyra miró dulcemente al hombre que tenía a su lado y al que pasaba medio palmo.—Si no me gustase tanto este planeta... y determinadas personas...
- —Y si al presidente de Mundial Steel, la mayor .acerería del planeta, no estuviese encaprichado de tu nave... Ella suspiró hondamente.
- —De acuerdo, Vito. La nave es tuya. Pero tendré que esconderme durante una temporada...—Deja que yo me encargue de este aspecto del problema —dijo Dazio.Thulin ya no quiso seguir escuchando más y tiró suavemente de Gulda.
- —Debemos marcharnos —dijo.En aquel momento, Dazio lanzó una exclamación:
- —Oh, perdona, querida, he visto a un amigo... Permíteme que vaya a saludarlo, es cuestión de un minuto...Dazio se acercó a la pareja, besó galantemente la mano de Gulda y luego estrechó la del joven.—Vanee, hay un tipo que no pertenece a la *troupe* —bisbiseó—. Es domingo, está cerrado el museo y no tiene por qué estar aquí.
- —¿Espía?—Sí, seguro.
- —Bien, nos encargaremos de él. Dile a Rocky que saiga. —De acuerdo.
- —Vamos, Gulda —murmuró Thulin.

CAPÍTULO VII

- El espía salió del museo y se dirigió a la explanada donde se estacionaban los helimóviles. Thulin, cortés, abrió la portezuela de uno de aquellos aparatos.
- —Entre, por favor —sonrió.—Perdone, pero ése no es mi helimóvil...Las manazas de Rocky inmovilizaron al sujeto por detrás.—Si, es «su» cacharrito. amigo —dijo.
- El hombre se puso pálido. Rocky lo levantó como si fuese un muñeco relleno de paja y lo hizo entrar en el aparato, obligándole a sentarse en el asiento posterior. Thulin y la joven ocuparon el delantero.
- —Regístralo. Rocky. —Sí.
Vanee.
- El espía no se atrevió a oponer resistencia. Rocky fue enumerando los objetos que llevaba encima, a la vez que los sacaba de los bolsillos de su dueño:—Una pistola descohesionadora, un puñal, con la punta de no sé qué sustancia...

- —¡Cuidado, puede ser veneno! —advirtió Thulin.
- —Diablos —dijo el gigante a media voz—. Lleva también veinte mil «pavos» en billetes...
- —Quédatelos.—Encantado. —Rocky continuó recitando—: Documento de identidad a nombre de Jim Jones... Un nombre rarísimo, jamás lo había oído en mi vida —comentó mordazmente—. Algunas monedas sueltas, las llaves de un helimóvil... una pluma...
- —Destrózala con los dedos, puede ser un transmisor. —Está bien, Vanee.
- La pluma quedó pulverizada. El espía se puso a temblar. —¿Qué más, Vanee? —consultó Rocky. —Pregúntale si se lo ordenó Elfrieda Platt. —Ya has oído, Jim Jones. ¿Qué contestas? Hubo un espacio de silencio. Luego, Rocky dijo: —El espía se niega a contestar. —Arrójalo por la ventanilla —ordenó el joven. —¡No! —chilló Jones—. Lo diré todo... —Canta, canario —dijo Rocky con acento burlón. El espía habló, aunque Thulin estimó que había dicho poco.
- —Bueno, de todos modos, no podemos permitirle que vuelva a ver a Elfrieda. ¡Descarga lastre, Rocky!
- Jones lanzó otro grito de pánico.—Esperen.., les diré algo que ignoran...—¿Se refiere a la base secreta del profesor?
- —Yo no he estado allí, pero... sé que Elfrieda ha comprado una astronave de carga... Creo que también ha comprado una partida de proyectiles ultrarrápidos, armados con cabeza de explosivo EVA... El nombre de la nave es «Pacific Star»...Jones, desmoralizado, habló durante largo rato. Cuando terminó, Thulin se quedó pensativo unos momentos.—Rocky, temo que tendrás que emplear el «guisantito» —dijo al cabo.—¿Cómo? Ah, sí, ya recuerdo... Pero, Vanee, yo usaría una cantidad mayor... Aquella bolita pesaba escasamente medio gramo...—Será suficiente, porque la haremos explotar en la cabina de mando. Si empleásemos una cantidad mayor de explosivo, podríamos destruir la nave por completo. Y si tiene ya la carga de cohetes, imagínate lo que podría suceder.—Tienes razón —convino Rocky—. Bien, ¿qué hacemos con Jim Jones?—Tengo un buen amigo, quien se encargará de guardarlo durante una temporadita —contestó Thulin—. Elfrieda no recibirá más informes suyos ni llegará a saber dónde lo hemos escondido. ¿Qué te parece. Gulda?
- La joven hizo un gesto de aquiescencia.—Perfecto, Vanee —aprobó.
- * * *
- El hombre se paseaba rítmicamente por delante de la

nave, con la pistola descohesionadora al cinto. Una sombra se le acercó de pronto por detrás y le golpeó secamente en la parte posterior de la cabeza.Thulin lo recogió antes de que cayera al suelo. Cargó a continuación con él y lo llevó hasta su aeromóvil, situado a unos cien pasos de distancia. Allí, le aplicó una dosis de gas narcótico, lo que le evitaba problemas, si el sujeto despertaba antes de tiempo.Volvió a la «Pacific Star». Rió entre dientes. Un nombre poco adecuado para la nave de unos desalmados que pretendían quemar la Tierra. De «Estrella de Paz», nada, se dijo.Luego entró en la nave. Conocía el tipo, había salido de unos astilleros terrestres. ¿De dónde diablos había sacado Elfrieda tanto dinero? Sabía que su padre tenía una buena posición económica, pero no tanto como para comprar una astronave, sin contar otras sumas inmensas que había, sin du da, invertido en aquella demencia! empresa.El interior de la astronave estaba en completo silencio. Sin la menor vacilación, se encaminó a la proa. Cerró la compuerta y examinó el interior de la cabina de mandos.

- El explosivo pesaba medio gramo solamente. Equivalía a cinco kilos de la antigua dinamita. Sería más que suficiente para destrozar los controles. La nave tardaría semanas en ser reparada nuevamente. Quizá ni se pudiera reparar. En el mejor de los casos, tendrían que sustituir por completo toda la sección de proa.
- Empezó a graduar el mecanismo de relojería. De pronto, oyó voces.
- —¡Capitán! —gritó alguien—. ¿Dónde está el centinela? Thulin se estremeció.—Elfrieda —murmuró.—¡Capitán! —repitió ella, encolerizada.
- Thulin miró a derecha e izquierda. Ya no podía escapar por donde había venido. Elfrieda le mataría.—Debí haberme traído un arma... —masculló disgustadamente.De pronto, vio una palanca con empuñadura roja. Era la apertura de la escotilla de emergencia.—Señora.. —dijo un hombre—. El centinela... Yo estaba descansando, supongo que estará en su puesto...
- —¡Pues no está! —vociferó Elfrieda—, Ha desaparecido...
- —Señora, le dije que contratase mejor a su personal —contestó el hombre malhumoradamente—. Este planeta tiene demasiados atractivos, para unos soldados que han vivido hasta hace poco casi como en la Edad de Piedra... Yo no puedo vigilar a cada uno de mis hombres...
- De repente se oyó un seco chasquido.—¿Qué es eso, capitán? —preguntó ella.
- —Parece... la escotilla de emergencia de la cabina de

mandos...Elfrieda lanzó una horrible maldición. Corrió hacia la puerta, pero la encontró cerrada por dentro.—Capitán, traiga algo para abrir —aulló, fuera de sí—. Busque algo, un soplete...El comandante de la nave estaba aturdido. De pronto, vio algo a través de una de las ventanas.

- —Eh, ese hombre que corre hacía el helimóvil...
- Elfrieda se acercó a la lucerna. Thulin pasaba en aquel momento delante de la zona iluminada de un proyector y lo reconoció en el acto.
- —¡Maldito, maldito! —gritó, enloquecida de ira.Y, en aquel instante, se produjo la explosión.
- La nave retembló de proa a popa. Los mecanismos fallaron en parte y dos de las patas sustentadoras se quebraron. Elfrieda y el capitán rodaron por el suelo. La compuerta salló y una espesa nube de humo brotó por el hueco.Los ojos de Elfrieda se llenaron de lágrimas. Thulin había demostrado ser más astuto que ella.—Pero aún no me has vencido —dijo, a la vez que blandía el puño en dirección al aparato que alzaba el vuelo rápidamente.
- * * *
- Dazio lanzó una alegre risotada.—Todo ha salido a la perfección —exclamó.—Hay un obstáculo —dijo Gulda.
- —¿Sí? ¿Cuál es? —preguntó Thulin. sin apartar la vista del cuadro de mandos de la nave, que volaba velozmente, fuera ya de la atmósfera terrestre.—La llegada a la base secreta del profesor. ¿Cómo vamos a solucionar el problema?—Es bien sencillo. Tú serás la comandante Smyra y nosotros tus tripulantes.
- —Pero me conocerán...
- —No. Según la grabación de las órbitas, la nave se detuvo en la base el tiempo imprescindible para recoger un pasajero: Elfrieda. Ninguno de sus tripulantes puso pie en tierra.
- —Pueden darse cuenta de que ella no llega...
- —Esperan que viaje en la nave que ha de transportar los cohetes.—Engatusé a Smyra —añadió Dazio—. Le «birlé» la documentación y la hice falsificar.
- —¿Cómo lo conseguiste? —preguntó Gulda. admirada.
- —Soy un tipo esmirriado, pero... ¡Ejem. ejem! —Dazio carraspeó con fingida modestia—. Muchos hombres me envidiarían en otros aspectos.
- Gulda se puso colorada.—¡Vito!El timador lanzó una alegre carcajada.
- —El mundo marcha gracias a «eso», generala —contestó maliciosamente.

- —¿Y qué dijo Smyra? —preguntó Rocky.—¡«Uf!» Pero le gustaba repetirlo casi constantemente.
- Thulin no pudo evitar una carcajada. Las cosas habían salido mucho mejor de lo esperado.
- —Vanee, ¿cuánto tardaremos en llegar a la base secreta? —preguntó la joven.—No menos de cuatro semanas. Es un viaje bastante largo.—Bien, nos resignaremos... Por cierto, he recibido un in forme acerca del «maximet». Resume las últimas investigaciones realizadas por algunos científicos sobre las propiedades de ese mineral.
- —¿De veras? Eso parece interesante.
- —El «maximet», mezclado en cierta proporción con el acero, cuya pureza sea de novecientas noventa y nueve milésimas, emite ciertas radiaciones térmicas, de enorme intensidad. Por tanto, si se coloca un espejo cóncavo, aumentará enormemente la potencia calorífica reflejada por ese espejo.
- —Procedente de un sol, naturalmente.Gulda asintió.—Se da por supuesto —respondió.
- —Entonces, eso explica la destrucción de Nueva Utopía —murmuró el joven pensativamente.—Pero eso es absurdo... Para construir un espejo, capaz de destruir una ciudad, se necesitaría una cantidad enorme de material —alegó Rocky.—Hirschoff lleva trabajando años en el proyecto. Ultimamente, ha podido desarrollarlo sin el menor obstáculo —dijo Gulda—. Nadie se lo ha impedido, no ha sufrido el menor inconveniente... y de alguna parte ha sacado el dinero que le ha permitido comprar inmensas cantidades de material. Aparte del que se llevó de Iwena.
- —Mediante el robo, claro.Gulda suspiró.—Así podría definirse —contestó.
- —Esos espejos tienen que ser enormes, de centenares de kilómetros cuadrados de superficie —dijo Thulin—. Tendrán que estar equipados por alguna armazón, con motores para sostenerlos fuera de la atmósfera del planeta que se desea atacar. Un espejo de unos trescientos sesenta kilómetros de circunferencia, por ejemplo, tendría su foco situado a unos ciento veinte kilómetros, suponiendo que su curvatura alcanzase un kilómetro de profundidad. Es decir, un casquete de esfera cuyo radio sea aproximadamente de ciento veinte kilómetros.
- —Lo ha hecho, estoy segura de ello —afirmó Gulda.—¿Has visto alguno? —preguntó Dazio.
- —Nuestro espía vio enormes planchas metálicas, delgadísimas, muy ligeras, pese a su enorme extensión. Tenían forma trapezoidal, y por ello dedujimos que eran partes de un

enorme espejo cóncavo. La concavidad, sin embargo, no es apreciable en una de esas partes; tiene que estar montado el espejo, para que se aprecie la curvatura.—La forma trapezoidal es la adecuada para uno de esos espejos —convino Thulin—, salvo los trozos que están próximos al centro, que deben tener contornos triangulares.—El espía, lógicamente, no podía fotografiar nada, pero ya dije que tenía una excelente memoria. Reprodujo, con dibujos, esos fragmentos del espejo. Algunos medían hasta doscientos metros de largo, por cíen de ancho.

- —Sí, una obra maravillosa... pero hecha para el mal.
- —Y todo por odio... ¿No hay capacidad de perdón en el alma de ese hombre? —dijo Gulda lastimeramente.
- Ninguno de los presentes le supo contestar.
- Thulin conectó una de las cámaras de popa. La imagen de la Tierra, brillando como una gema blanca y azul, en la insondable negrura del firmamento, apareció en la pantalla.Aquel planeta podía convertirse en un mundo muerto, calcinado... por la obra de un demente ávido de venganza.
- —A menos que consigamos evitarlo —musitó.
- Esperaba impedir que Hirschoff consumara sus siniestros propósitos.
-

CAPÍTULO VIII

- La nave aterrizó suavemente y sus ocupantes se prepararon para desembarcar.
- —Bueno, comandante «Smyra» —dijo Thulin—. El viaje ha terminado. ¿Conoces bien tu papel?
- Gulda, pálida pero resuelta, hizo un gesto de aquiescencia. —Sí, Vanee.—Mis «petardos» están preparados —anunció Rocky.—Yo me ocuparé de distraer a los curiosos —dijo Dazio. —¿Curiosos? —repitió Gulda de pronto—. ¿Qué curiosos?—¿A qué te refieres? —se sorprendió Thulin.
- Gulda está junto a una de las lucernas, contemplando el panorama que se veía al otro lado.La base secreta del profesor había estado en uno de los satélites de Iwena, un pequeño mundo, apenas mayor que la Luna y. como ésta, desprovista de atmósfera. El suelo era amarillento, sin la menor señal de vegetación. En las inmediaciones, se divisaban numerosos edificios, en forma cupular, pero no se advertía el menor movimiento humano.
- —Estarán bajo las cúpulas —apuntó Dazio.
- —Puede, pero alguien tendría que salir a recibirnos —dije Gulda—. No es lógico que una nave llegue a una base secreta y no salga nadie a enterarse de quiénes viajan en ella. Además,

Smyra estuvo aquí para recoger a Elfrieda. El profesor debería enviar a alguien para conocer noticias de su hija. ¿No te parece. Vanee?

- Thulin movió la cabeza.—Creo que sería lo lógico —convino.—Y también deberían llamarnos por radio —terció Rocky.
- —No hemos recibido la menor llamada, ni siquiera cuando estábamos todavía orbitando sobre... ¿cómo dijiste que se llama este satélite. Gulda?
- —Iweldon —contestó la joven.
- —Bien, hemos llegado a Iweldon y no se ve a nadie —dijo Thulin—. Sugiero la conveniencia de investigar. Vamos a colocarnos los trajes de vacío.
- —Convendría que llevásemos armas —sugirió Rocky.—Está bien.
- Media hora más tarde, se habían equipado adecuadamente. Pasaron a la esclusa y, tras expulsar el aire, abrieron la compuerta exterior.En la base no se advertía el menor movimiento. Thulin empezó a sentirse aprensivo.—Esto es muy raro... Gulda, según los dibujos de tu espía, aquí debería haber trozos de espejos, para ser montados luego en el armazón...Había enormes grúas, con cabinas estancas, que se veían inactivas. Las cúpulas eran totalmente transparentes y la gente debería verse a través del material plástico con que habían sido construidas.
- Thulin meneó la cabeza.—Esto no me gusta —dijo a través de la radio.
- AI cabo de unos momentos, empezó a caminar. Los otros le siguieron en el acto.La primera cúpula se hallaba a unos quinientos metros. La marcha se veía facilitada por la escasa gravedad de Iweldon, algo menos de una sexta parte de la terrestre. En pocos minutos llegaron a la compuerta que permitía el acceso a la bóveda transparente.
- Había edificios en su interior, construidos con materiales muy livianos. Puertas y ventanas aparecían abiertas. Se veían objetos tirados por el suelo, envoltorios de alimentos, papeles, botellas vacías... La sensación de abandono era total.
- —Se han marchado —adivinó Gulda.Thulin sintió un escalofrió.—Entonces, ya están camino de la Tierra —dijo.
- —Pero, ¿cómo es posible que no los hayamos visto? —se extrañó Dazio—. Hemos seguido exactamente la misma órbita que hizo Smyra en su viaje de ida...
- —Hay una explicación —dijo el joven—. Hirschoff, sin duda, ha dado, o está dando, mejor dicho, un gran rodeo, a fin

de apartarse, no sólo de nuestra ruta, sino de las espacio-líneas comerciales. De lo contrario, sería visto antes del momento en que a él le interesa hacer notar su presencia.

- —Sí. creo que tienes razón —contestó Gulda—. Pero, entonces, nosotros tendríamos que regresar rápidamente.—En otros tiempos, se decía a marchas forzadas —terció el gigante.
- —Reventando el caballo, si es preciso —añadió Dazio.
- —Muy bien, no se hable más, aquí ya no tenemos nada que hacer, de modo que...—Eh, mirad —exclamó Rocky de pronto—. Ahí se han dejado algo interesante. Esas motonetas... —Bah. no nos sirven para nada —dijo Dazio con desdeñoso acento.
- Inesperadamente, se oyó una voz, que sonaba en los cuatro receptores de radio de otros tantos cascos: —Bienvenidos a Iweldon. capitán Thulin.
- * * *
- El joven reconoció la voz en el acto. —¡Hisrchoff! —exclamó.
- —En efecto, soy yo mismo, pero no estoy en lweldon. como podría suponer. Esto que oye es una grabación, que dejé preparada para el momento de su aterrizaje. El magnetófono se ha puesto en movimiento, con la proximidad de usted y sus acompañantes, mediante una célula magnética, la cual también ha activado otro mecanismo, como pronto tendrán ocasión de comprobar.»Debo admitir que ha obrado con gran astucia y notable inteligencia, al suplantar a Smyra y sus tripulantes. También no es menos cierto que supo inutilizar la nave de Elfrieda, impidiéndole el transporte de los cohetes que habíamos comprado para defendernos de ciertos ataques que esperamos recibir. Pero la partida de mi hija ha sido solamente pospuesta, no impedida totalmente. En el momento adecuado, nos reuniremos y contemplaremos muy divertidos el incendio total de la Tierra.
- Thulin no quiso hablar. ¿Para qué discutir con una grabadora?—Admito que tuve una buena parte de culpa en el incendio de Nueva Utopía —«continuó» Hirschoff—. Entonces, no conocía por completo las propiedades del «maximet» y, como suele decirse, «se me fue la mano». Pero ya he encontrado la proporción exacta, aunque en mis nuevos espejos sigo empleando la fórmula primitiva. Es natural, porque están destinados a quemar las ciudades de la Tierra y no a proporcionar energía gratuita, infinita y totalmente inofensiva. El Sol tardará miles de millones de años en apagarse, y mientras siga emitiendo luz y calor, mis espejos alimentarán de energía a

la Tierra, de una forma limpia, no contaminante y, como he dicho, absolutamente gratuita.«Naturalmente, la Tierra será mía entonces. Mía, de mis descendientes... porque todavía puedo casarme... Y allí, en ese planeta del que voy a exterminar todo signo de vida inteligente, nos estableceremos nosotros, los syphorianos, y nuestros descendientes.

- »Quemaré todas las ciudades y todo lugar donde haya señales de vida humana. Parecerán infinidad de animales y arderán enormes extensiones de bosques. Pero la vida animal y vegetal se regenera en veinte años. No habrá contaminación radiactiva y podremos ocupar las zonas que dejemos intactas, cuya ubicación, por razones obvias, no le vamos a indicar. Allí nos estableceremos los syphorianos, las primeras avanzadillas de una civilización más justa y menos opresiva. ¡Allí viviremos hasta que las cenizas de los incendios se hayan disipado y renazcan la vida animal y vegetal, que será respetada en esas otras zonas! ¡Y allí, hasta nuestra expansión, viviremos los nuevos terrestres!
- Thulin, Gulda y los otros dos, se sintieron anonadados al escuchar los demenciales propósitos del profesor Hirschoff. La voz del científico, soltó su última andanada: —¡Y ahora, vean cual es el otro mecanismo que fue activado a su llegada! ¡Véanlo bien, obsérvelo con detenimiento... porque será lo último que sus ojos contemplen en esta vida!
- * * *
- Un vivo chispazo brilló repentinamente en el curvo horizonte de lweldon. Estupefactos, los cuatro terrestres vieron alzarse en el cielo un singular artefacto, de una forma completamente desconocida hasta entonces para ellos.
- El aparato se movía con enorme rapidez. Cuando estuvo más cerca, vieron que se trataba de un espejo de dimensiones gigantescas. Thulin le calculó no menos de cincuenta kilómetros de radio, lo que representaba una circunferencia de bastante más de trescientos kilómetros. Era como una pesadilla, algo que no parecía ser real... y. sin embargo, estaba allí y había sido construido por la mano del hombre.
- El espejo, era indudable, estaba conectado a un mecanismo que le permitía moverse en el espacio, independientemente de la atracción del satélite. Por tanto, no necesitaba estar situado en una órbita fija, geoestacionaria. equilibrando así los efectos de la gravedad con la fuerza centrífuga y evitando por tanto los costosos mecanismos de un aparato de transporte. Pero, calculó Thulin. a Hirschoff le importaban poco semejantes minucias.

- —Ha estado aguardando la ocasión —dijo Gulda.
- —Sí. aunque no está presente, nos ha esperado agazapado, con la escopeta en las manos —añadió Dazio gráficamente.
- —Bien, lo mejor será que nos larguemos...
- Thulin no tuvo tiempo de completar su frase. El espejo se movió súbitamente.Desde el suelo, vieron surgir un resplandor intolerable, como si hubiese nacido un sol a menos de cien kilómetros de la superficie. El espejo, cuya potencia estaba aumentada por el «maximet» añadido al acero, envió a la superficie un chorro de fuego blanco, de indescriptible potencia.Por efectos de la perspectiva, pareció como si brotase una columna llameante del espejo. Aquel chorro, en cuyo foco se producían altísimas temperaturas, empezó a vaporizar todo lo que tocaba a su paso.

- ¡A la nave! —gritó Thulin. comprendiendo la inminencia del peligro.

- Apenas si pudieron dar media docena de pasos. El foco de calor alcanzó la astronave. Fue cosa de segundos.El metal del casco se puso casi instantáneamente al rojo blanco. Diez segundos más tarde, se produjo una colosal explosión.El estruendo, sin embargo, fue producido más por la trepidación del suelo. No había aire que propagase la onda explosiva. Pero a Thulin le pareció que la explosión había sido menos potente de lo que cabía esperar en aquellos cien kilos de sustancia química, que representaban mil toneladas de explosivos convencionales.
- Rocky dio pronto con la solución.—La EVA ha ardido, no ha estallado —adivinó.

- Menos mal —dijo Dazio. muy aliviado—. Eso nos ha librado de una buena.

- Súbitamente. Gulda lanzó un chillido: —¡El foco se mueve!
- Thulin se espantó. El espejo se había estabilizado casi sobre la vertical de la base. Ahora giraba lentamente, buscando nuevos blancos para su foco devastador. Al joven le pareció una lupa gigante, manejada por seres de dimensiones incalculables.
- Una de las cúpulas fue alcanzada y explotó como una bomba, cuando el aire contenido en su interior fue dilatado enormemente por el intensísimo calor. Luego, todo cuanto había debajo del plástico ya desaparecido, ardió como simples pavesas.Gulda se sentía aterrada. No podrían escapar con vida. El diabólico ingenio de Hirschoff les había alcanzado en aquel

lugar desolado y desierto por completo.Otra cúpula fue carbonizada. Los cuatro terrestres estaban paralizados, como incapaces de moverse, aturdido por la inesperada catástrofe que se había abatido sobre ellos.De repente, Thulin vio algo que le hizo sentirse algo más optimista.

- —¡Hay motonetas! —gritó.
- Su idea fue comprendida instantáneamente. Aquellos aparatos podían moverse en todos los ambientes. Rocky no perdió el tiempo en accionar los mandos de la compuerta que permitía el acceso al interior de la cúpula.
- — ¡Gulda, Vito, tenemos pistolas descohesionadoras! —exclamó el joven—. Perforad la cúpula que se escape el aire inmediatamente.Tres pistolas empezaron a lanzar descargas sobre la compuerta exterior de la esclusa. Despreciando el riesgo de una posible grieta en su traje de vacío, tomó impulso y saltó desde más de diez metros.La menor gravedad de Iweldon le permitía saltar a tanta distancia. Voló con lo que parecía enorme lentitud, chocó contra la compuerta y la hizo saltar de sus goznes.
- La descohesión molecular se propagaba rápidamente en el plástico de la cubierta. Cuando Rocky hizo saltar la compuerta interior, apenas había ya aire bajo la cúpula desgarrada. De otro modo, la brusca salida de la atmósfera podría haber le alcanzado a gran distancia, causándole heridas acaso mortales.Ya no perdieron más tiempo. El poderoso foco de calor, reflejado del sol del sistema de Iwena, hacia explotar en aquel momento otra cúpula.Instantes después, cuatro motonetas despegaban a toda velocidad. Thulin guió a la pequeña procesión, describiendo una gran curva, que no solo les alejaba del espejo, sino que les llevaría, más tarde, a situarse frente a su parte posterior, con lo que tendrían tiempo de evitar un brusco giro de un arma contra la cual, se dijo tristemente, no había defensa posible.
- Minutos después, se hallaban a salvo. Pero entonces, se suscitó un nuevo problema. Y éste parecía insoluble.
- —¿Y ahora? —dijo Gulda—. ¿Qué haremos cuando se nos acabe el aire de los depósitos de nuestros trajes espaciales?

CAPÍTULO IX

- La sed y el hambre no eran problemas; no vivirían lo suficiente para sentir necesidad de beber agua o tomar alimentos.Thulin examinó el indicador de presión de sus tanques de aire.—Cuatro horas —dijo—. Ahorrando esfuerzos, ganaríamos, quizá, treinta minutos más. Pero eso es todo el

tiempo de vida que nos queda.Abajo, la destrucción era total. Hirschoff no había querido que nadie pudiera estudiar lo que había realizado durante años en aquella base secreta.

- —Vanee, tendré que emitir una llamada de urgencia —dijo Gulda—. Es nuestra última esperanza.
- —¿Qué distancia hay a Iwena? —preguntó Dazio.—Unos cuatrocientos cincuenta mil kilómetros...—Haz la llamada, —ordenó Thulin.
- Gulda conectó la frecuencia de largo alcance. Estuvo llamando durante un par de minutos y luego calló, en espera de la respuesta.
- Pero nadie contestó a sus demandas de socorro.
- —¿Cuál es la máxima velocidad de estos cacharros? —quiso saber el gigante.—Veinticinco mil kilómetros, en el vacío. No pueden ser más rápidos, debido a su exiguo tamaño. El motor antigravedad ocupa la mayor parte del espacio y la potencia que emplea en abandonar un astro, venciendo su fuerza de atracción, redunda en perjuicio de la velocidad.—Eso me recuerda a los remolcadores del puerto. Son muy potentes, pero apenas pasan de los diez nudos —dijo Thulin.
- —La comparación es muy acertada —respondió ella.
- —Es decir, podemos recorrer algo más de cíen mil kilómetros, antes de que nos mate la falta de aire —intervino Dazio.—Sí, es todo lo que nos queda de vida —admitió Gulda tristemente.
- —Es lamentable —dijo Thulin—. Hirschoff posee una inteligencia privilegiada, pero la ha puesto al servicio del mal... —Según se mire. Vanee.
- Thulin movió la cabeza, sorprendido, hacia la muchacha. —¿Vas a decirme ahora que apruebas su actitud? —No, pero, si fuese syphoriano, estaría de su parte. —A ver, explícate.
- —Lo dijo él bien claro. Quiere establecer colonias de syphorianos, que un día serán los nuevos terrestres. Ya sabes que Hirschoff es muy respetado, por ser el yerno de un gran jefe. Ahora, con sus acciones, demostrará que es el más grande de los syphorianos. Les ofrece un botín inconmensurable, un planeta en el que quedarán excluidos los grandes riesgos de Syphor, en donde todavía quedan bestias salvajes, que les hacen la vida imposible. Las plantas terrestres, por lo general, son comestibles en su mayor parte. En Syphor hay zonas donde un hombre no puede penetrar, so pena de ser devorado por vegetales tan feroces como el animal más salvaje. Sí. los syphorianos le apoyarán, y si. por desgracia, queda algún terrestre sobreviviente, ya se encargarán ellos de eliminarlo.

- —O sea. le seguirán ciegamente, sin vacilar —dijo Dazio. —Exactamente, Vito —contestó Gulda.
- Después, hubo un momentáneo silencio. Rocky fue el primero en romperlo.
- —Vanee, ¿qué distancia alcanzan esos espejos?
- —Ignoro el tamaño de los que atacarán la Tierra —contestó el joven—, Pero has de tener en cuenta un principio elemental, común a la geometría y a la física: El foco de un espejo cóncavo es siempre igual al radio de la esfera a que pertenece. Porque todo espejo cóncavo forma parte de una esfera, invisible naturalmente, en el sector que no tiene estructura sólida.
- —Es decir, si la esfera tiene mil kilómetros de diámetro, el foco alcanzará quinientos, la distancia del radio.
- —Exactamente. Pero además debemos tener en cuenta otro dato muy importante. Con toda seguridad, ese espejo, suponiendo que el diámetro de su esfera sea de mil kilómetros, estará a menos de quinientos kilómetros de la Tierra. Si estuviera a la distancia exacta, el foco sería un punto tan diminuto como la punta de un alfiler y allí se producirán temperaturas similares a las del centro del sol. Ahora bien, lo que Hirschoff quiere es causar el máximo de destrucción. Por tanto, acercará el espejo un poco más y entonces no habrá un punto térmico, sino un círculo, de mayor o menor diámetro, según la distancia a la superficie de la Tierra. Teniendo en cuenta que el papel corriente, por ejemplo, arde a la temperatura de ciento setenta grados centígrados, es fácil darse cuenta de que no hará falta un calor mucho más intenso para producir terribles incendios, que asolarán vastísimas extensiones de terreno. ,
- —En resumen, un panorama nada consolador —dijo Dazio. .
- —Para nosotros, carece ya de importancia —intervino Gulda. Thulin consultó su reloj. .
- —Tienes razón —concordó—. Hemos consumido una hora de nuestra reserva de aire, y ello sin contar con el tiempo que permanecimos en la superficie de lweldon. Gulda, vuelve a hacer otra llamada. Los demás, silencio y a ahorrar oxígeno.—Cuando llegue el momento, rasgaré mi traje de vacío —aseguró Rocky dramáticamente—. No quiero morir dando boqueadas por falta de aire, como los peces cuando los sacan fuera del agua.Callaron nuevamente. La única voz que se escuchaba era la de Gulda, llamando desesperadamente a Iwena, el planeta que resplandecía a más de cuatrocientos mil kilómetros de distancia

y del que no llegaba la menor respuesta.

- Allí estaba su salvación, pero nadie les escuchaba.
- Morirían en el espacio, pensó Thulin, amargamente, y sus cadáveres flotarían indefinidamente en el vacío estelar. No tendrían una cruz sobre sus tumbas, ni nadie iría a llevar flores a su sepultura.Pero más que sentir lástima por sí mismo, la sentía por los miles de millones de terrestres que iban a morir, sentenciados por un loco, ansioso de tomar venganza. Sí, era preciso llorar por los habitantes de un planeta condenado a arder como una antorcha.
- * * *
- Consultó su reloj. Economizando los esfuerzos, habían estirado el aire hasta lo inverosímil. Pero los indicadores de presión estaban ya muy cerca del cero.«Treinta minutos», pensó Thulin, deprimido, resignado ya a lo inevitable. Media hora más y todo habría acabado.
- Repentinamente, Gulda lanzó un grito:
- —¡Oigo algo! ¡Nos llaman! Alguien ha recogido nuestras llamadas...La esperanza renació inmediatamente en los cuatro. Thulin conectó la frecuencia de larga distancia.—Esta es la nave «Andrwa», de Iwena —dijo alguien—. Hemos captado las llamadas de socorro de la generala K'Verr. Otra nave viene con nosotros, la «Deea». ¿Dónde estáis? Necesitamos alguna señal para localizaros...
- —Os daré nuestra posición —contestó la muchacha—. Somos cuatro personas, cada una en una motoneta individual. Hemos conseguido escapar de Iweldon, antes de que fuera destruida la base del profesor Hirschoff. ¿Por qué habéis tardado tanto?
- —Tuvimos que sublevarnos contra los esbirros del profesor. No querían permitirnos el despegue de las naves. Se han producido luchas sangrientas y han muerto docenas de iwenitas. Sin embargo, hemos conseguido derrotarlos por completo. Los syphorianos están muertos.
- — ¡Bravo! —aplaudió Rocky—. Muchachos, estamos aquí...
- —¡Calla! —ordenó Gulda—. Podéis detectarnos con vuestros radares...
- —El nuestro ha sido averiado por un disparo en la lucha, cuando estábamos a punto de embarcar. La «Deea» lo tiene intacto, pero anuncia fuertes interferencias, debidas a una causa desconocida. No obstante, sabemos que estáis volando en motonetas individuales. Esos aparatos tienen bengalas de socorro. Nuestros telescopios funcionan normalmente.

- —Cielos, teníamos bengalas y no lo sabíamos —se admiró Dazio.
- —El mando de disparo está bajo el manillar. Es el tercer botón, de color verde. Disparad sucesivamente, cada cinco segundos. Hay cuatro bengalas por motoneta.—Lo haremos, pero debéis acelerar. Tenemos menos de veinte minutos de aire. Vanee, lanza la primera bengala y sigue hasta terminar las tuyas —ordenó la joven.
- —Está bien —contestó Thulin.
- Buscó el botón de color verde y apretó. Un delgado chorro de fuego brotó inmediatamente de la panza del vehículo, hacia la proa, alejándose a gran velocidad. Contó hasta cinco y disparó la segunda bengala, lanzando las dos restantes con el intervalo prescrito.A unos diez kilómetros de distancia, se produjo una bola de fuego rojo, que se expandió rápidamente. Antes de que se apagase, estalló la segunda bengala.—¡Localizados! —exclamó la voz que procedía de la primera astronave—, ¡Aguantad, vamos por vosotros!Thulin sintió ganas de echarse a llorar. Habían salvado la vida, prácticamente en el último minuto.
- De pronto, oyó una voz alarmada:—¡Eh! ¿Qué es eso que hay detrás de vosotros?Thulin se volvió. Ninguno de ellos había tenido la ocurrencia de mirar hacia atrás en ningún momento, obsesionados con su crítica situación.—¡El espejo nos ha seguido! —gritó.
- Gulda se volvió también. El espejo se hallaba a unos cien kilómetros de distancia. Parecía un enorme disco de plata, que cubría una gran parte del firmamento.
- De pronto, Thulin observó algo que le puso los pelos de punta.
- —¡El espejo se está agrandando! Ello aumentará su distancia focal. ¡Dispersaos, rápido! ¡Hay que dar la máxima potencia a las motonetas!La orden fue obedecida de inmediato. Mientras viraba, Thulin pudo ver a la «Andrwa», que se acercaba ya a ellos a toda velocidad.Súbitamente, un colosal chorro de fuego brotó del espejo. El piloto de la «Andrwa» intentó una maniobra desesperada, pero era ya tarde.La astronave ardió como una pavesa, en silencio, sin ninguna explosión. A Thulin le pareció una polilla abrasada en la llama de un farol de gas.
- Gulda lanzó un gemido. Rocky dijo algo casi ininteligible. —Ya... no puedo más... Se me acaba el aire...Una voz sonó en el espacio:
- —Habla el comandante de la «Deea». Aguantad todo lo

que podáis: voy a ver si consigo destruir esa máquina maldita.El espejo se movía lentamente a derecha e izquierda, buscando blancos para los rayos que reflejaba del sol de Iwena. Thulin consultó el manómetro de sus depósitos. La aguja rozaba ya el cero.La «Deea» describió un brillante arco en el cielo. Luego se situó a popa del espejo y disparó un cohete.

- Thulin vio la trayectoria del proyectil. En el espejo no había nada que pudiera detener aquel cohete que. dedujo, era de mecanismos simples, que no podrían ser influenciados por contramedidas electrónicas. Cuando el proyectil llegó al final de la trayectoria, se produjo la explosión.
- Enormes fragmentos del espejo volaron en todas direcciones. Chispas de luz blanquísima salieron disparadas con indescriptible velocidad. Eran los reflejos que cada fragmento del espejo despedía, al ser heridos por la luz solar. El generador explotó segundos después y se produjo una catarata de fogonazos multicolores, que despedían rayos irisados a gran distancia.
- Luego sobrevino la oscuridad nuevamente.
- —Voy a buscaros —anunció el comandante de la «Deea»—. Permaneced en vuestras posiciones respectivas. Os tengo localizados visualmente a los cuatro.Thulin tendió la mirada hacia Rocky, que aparecía inmóvil en su motoneta.
- —Gulda, acércate a Rocky y dispara bengalas. Es el primero que debe ser rescatado... si es que todavía vive.—Está bien, Vanee.—Vito, ¿cómo te encuentras? —preguntó el joven.
- —Acaban... de sacarme en la red... —contestó Dazio de buen humor—. Ya empiezo a dar las primeras boqueadas, pero creo que aguantaré.
- —Estupendo, Vito. Recuerda, Smyra te aguarda.—Si no se dan prisa, me esperará inútilmente. —Ahorra el aliento —aconsejó el joven—. ¿Gulda?
- —Yo estoy bien. Ya veo la nave. Se nos está acercando. Un minuto más y Rocky estará a salvo.
- Thulin apretó los labios. Nunca olvidaría aquellos minutos tan amargos. Era algo que permanecería imborrable en su mente mientras viviese.
-

CAPÍTULO X

- El comandante de la «Deea» entró en la cámara donde se recobraban los tres náufragos. Thulin, Gulda y Dazio tenían ante si sendas copas de vino.
- Las motonetas habían sido abandonadas en el espacio. No había sitio en la astronave para aquellos vehículos.—Celebro

que se hayan restablecido —dijo el oficial—. Llegamos a tiempo, parece.—No se lo puede imaginar comandante —sonrió Thulin —. ¿Cómo está nuestro compañero?—El médico de a bordo se ocupa de él. Es un hombre excepcionalmente robusto. Acabará por reponerse. Si falló antes que ustedes, es debido a su mismo tamaño. Los tanques de oxígeno son iguales para todos, pero él es mayor que ninguno de ustedes y necesitaba más aire.—Es una buena noticia, aunque lamentamos lo ocurrido con la «Andrwa» —dijo Gulda—. ¿De veras consiguieron rebelarse contra los syphorianos?

- —No queda uno vivo —contestó el comandante con gran énfasis—. Ahora somos libres, aunque queda la posibilidad de que Hirschoff vuelva...
- —No lo crea —dijo Thulin—. El interés de ese lunático está centrado ahora en la destrucción de la Tierra.
- —Sabemos que pudo construir una docena de espejos, ninguno de los cuales mide menos de quinientos kilómetros de diámetro. Cada espejo está acoplado al sistema de propulsión de una astronave, lo cual significa que puede desplazarse sin dificultad a través del hiperespacio.
- —Es una enorme superficie reflectante —dijo Gulda—, No sé cómo podremos destruirlos...

- Yo creo tener una solución —intervino el joven—. Comandante, usted dijo que tenía interferencias en su radar.

- —Sí, en efecto, y de no haber sido por las bengalas, no habríamos podido localizarles.—La cosa está clara. Esas interferencias se deben a las contramedidas electrónicas, de las que dispone cada espejo, a fin de desviar los cohetes teledirigidos desde la Tierra.
- —Yo no he fallado —alegó el oficial.
- —Su cohete era simple, sin más que los mecanismos de propulsión, pero carente de mecanismos de dirección controlada remotamente.
- —Sí, en efecto.
- —Si pudiéramos tirar piedras contra los espejos, de nada servirían las contramedidas —dijo Thulin—, Por tanto, lo que necesitamos son cohetes muy sencillos, con cabeza provista de detonador por percusión. Ni siquiera debemos emplear espoleta de proximidad. Sólo el simple impacto del cohete contra el blanco podrá destruir el espejo.—Es una idea excelente, con un serio inconveniente. Vance —exclamó la joven.
- —¿Cuál, por favor?—La distancia a la Tierra.
- Thulin reflexionó durante unos segundos. Luego se volvió

hacia el comandante de la nave.

- Ustedes deben saber cuándo abandonaron Kveldon —dijo.

—En efecto. Se marcharon hace cuatro días escasos.

—Entonces, la ventaja no es mucha. Hemos de tener en cuenta, además, que perderán tiempo situando los espejos en las órbitas adecuadas. No conozco el plan de Hirschoff, pero me imagino que querrá descargar varios golpes a la vez. Si lleva doce espejos, los colocará en una circunferencia en torno a la Tierra. De este modo, cuando el planeta gire, una parte de su superficie quedará expuesta al foco térmico. Siempre habrá una ciudad a punto de arder.

—Y que arderá —vaticinó Gulda lúgubremente.

—No tenemos muchas naves. A decir verdad, la «Deea» es la única que nos queda útil —manifestó el comandante con aire de tristeza—. Hirschoff nos arrebató todas las que teníamos en buenas condiciones de uso.

Thulin se volvió hacia la joven.

—Gulda. tú eres general y te encomendaron esta misión. Debes ejecutarla, porque, hasta ahora, no la has completado. Pide que te concedan esta nave y que sea artillada con cohetes. Exige, además, que las operaciones se realicen con la mayor rapidez.

—No sé —dudó ella—. A fin de cuentas, y aunque sea egoísta decirlo, Iwena está ya libre...

—No. no lo está —contradijo Thulin apasionadamente—. Es cierto que Hirschoff tiene el propósito de establecerse en la Tierra, pero sus necesidades de «maximet» persisten. Ese valioso material le es necesario para sus planes y no permitirá que los iwenitas le nieguen lo que tanto necesita. Si piensa establecer espejos que envíen energía radiante a la superficie, en lugar de calor, necesitará más y más «maximet», puesto que la sustancia desconocida, el M.N.L, que le confiere sus verdaderas propiedades, se descompone pasado cierto tiempo y el espejo queda poco menos que inservible. Gulda, convence a tu gobierno de que, ayudando a la Tierra, se ayudan a ellos mismos. Hirschoff no permitirá una segunda sublevación. Destruida la Tierra, ¿crees que le costaría mucho arrasar Iwena?

Gulda pareció sentirse sumamente impresionada por los argumentos del joven. Volvió los ojos hacia el comandante de la

«Deea» y dijo:

—Creo que el señor Thulin tiene razón

—Estoy de acuerdo contigo, generala, pero yo no puedo hacer nada. Aunque, a decir verdad, me gustaría ir a la Tierra y…

Thulin hizo un gesto negativo.

—Comandante, ni lo sueñe siquiera —exclamó firmemente—. Gulda, sólo nosotros debemos correr el riesgo de atacar los espejos de Hirschoff.

—Pero no me dejaréis atrás, supongo —sonó de repente la voz de Rocky.

Dazio se levantó de un salto.

— ¡Compadre! —dijo jubilosamente.

—Estoy bien, aunque ya me veía tocando el arpa en una nube —rió el gigantón—. Vanee, ¿qué dijiste de ir a la guerra?

—Iremos, aunque no sabemos si saldremos con vida —contestó el joven.

—Al menos, le daremos un buen disgusto a ese miserable. ¿No es verdad, Vito?

Dazio asintió.

—Si le pasa algo a mi Smyra, arrancaré la cabellera a Hirschoff y a todos los que estén a su lado —declaró belicosamente.

* * *

La petición de Gulda había sido atendida. Los argumentos empleados por Thulin, que ella expuso adecuadamente, convencieron al gobierno de Iwena.

—De todos modos, es una acción desesperada —dijo Thulin. cuando ya se hallaban en órbita.

—Cuatro contra cientos y bien armados —añadió Rocky—, No tenemos demasiadas ventajas, ¿verdad?

—Me están entrando tentaciones de hacer una cosa —terció Dazio—. Si Vanee me lo permite, por supuesto.

—Dime de qué se trata y veré lo que puedo hacer —contestó el joven—. Pero no olvides quién manda aquí —añadió intencionadamente.

Dazio volvió la mirada hacia Gulda.

—Puedo ir a hablar con Hirschoff. Estoy seguro de que le convencería para explotar los yacimientos de «maximet» de la Luna. Me lo llevaría allí y cuando se diese cuenta, ,zas!. se había quedado solo y con un palmo de narices.

Thulin se echó a reír.

—A Hirschoff no le engañarías tan fácilmente —aseguró. Luego se puso serio—. Ese hombre es un demente. Está obsesionado por la venganza y nada ni nadie le hará cambiar de opinión.

— Excepto una cosa —dijo Gulda, hasta entonces silenciosa.

—¿Sí?

—La muerte.

Rocky movió sus manos, como si retorciese un paño mojado.

—Si lo pescase por mi cuenta… le iba a dejar el cuello más delgado que uno solo de sus cabellos.

—Sería conveniente que nos olvidásemos de la fantasía y que encarásemos la realidad, que no tiene nada de agradable —recomendó el joven—. Hay una docena de espejos, cada uno de los cuales tiene una nave poderosamente armada y tripulada por hombres capaces de todo. Ese es nuestro problema y no otro.

—Tenemos cohetes —alegó Dazio.

—Y no los podrán desviar —añadió el gigante.

—A veces me pregunto cómo ha podido lograr tanto en tan poco tiempo —dijo Gulda pensativamente—. Porque tres años son un periodo cortísimo, sobre todo, si tenemos en cuenta la calidad de los

hombres que le siguen, salvajes analfabetos, que vivían poco menos que en la Edad de Piedra. En tres años, no se transforma a un hombre en un competente astronauta, y mucho menos a cientos de ellos.

—Es posible que Hirschoff estuviese preparándolo desde mucho antes —opinó Thulin.

—Pero él decía que sólo buscaba el bien de la Tierra.

—Y tal vez pensaba así, pero lo pretendía de una forma muy particular, a su modo, sin admitir injerencias ni mucho menos órdenes del gobierno. En tal caso, pudiera ser que iniciase sus trabajos en un período que no somos capaces de imaginar. Tengamos en cuenta que ya ronda casi el siglo de edad, aunque aparente ser un cincuentón.

—Quizá sea como dices —convino Dazio—. Pero no podemos olvidar su ascendiente sobre los syphorianos. A fin de cuentas, estuvo casado con la hija de un jefe.

Thulin asintió. Si, había aún algunos enigmas que resultaría interesante aclarar. Pero, por el momento, lo que tenía un interés primordial era la salvación de la Tierra.

De pronto. Dazio sacó un mazo de naipes y empezó a barajarlos.

—Voy a ver si me distraigo un poco —sonrió.

—¿Eres jugador? —preguntó Gulda, curiosa.

—A ratos. En ocasiones, también empleaba las cartas…

—Para desplumar a los primos —rió el gigante.

Dazio extrajo un naipe y se lo mostró a la joven.

—Míralo bien y consérvalo en la memoria —dijo.

Gulda obedeció.

—Ya está.

El hombrecillo barajó nuevamente las cartas. Hizo que Rocky las cortase y luego sacó una, que enseñó nuevamente a Gulda.

—¿Es ésta?

—No —contestó ella.

—Maldición, me he equivocado. A ver si está aquí… aquí no… —Dazio se levantó y empezó a buscar por distintos lugares de la cámara—. Pues no la encuentro… ¡Ah. aquí está! —exclamó de pronto, a la vez que retiraba el naipe de la cabellera de Gulda.

La joven se quedó atónita. Rocky y Thulin reían a mandíbula batiente.

—¿Cómo lo has hecho. Vito?

Dazio le guiñó un ojo.

—Secretos del oficio —contestó—. Hubo un tiempo en que actuaba en un escenario y sacaba los naipes elegidos por el público de los lugares más recatados de mi ayudante, una chica muy guapa, todo hay que decirlo.

—Y también hacia juegos malabares —añadió Rocky—. Con diez vasos en las manos, realizaba auténticas maravillas…

Dazio se puso triste de repente.

—¿Y todo eso, de qué me servirá? Quizá acabemos con vertidos en ceniza… y si salvamos la vida, no podremos aterrizar en nuestro planeta…

Thulin le dio una palmada en el hombro.

—¡Animo, hombre; todo saldrá bien! —exclamó—. Destruiremos los espejos y derrotaremos a Hirschoff.

—Dios te oiga. Vence, porque si no es así… la Tierra arderá como un puñado de virutas.

Los ojos del joven fueron hacia el negro espacio, en el que centelleaban impasibles millones de estrellas. Aquellos cuerpos celestes seguirían brillando todavía, cuando ellos no fuesen sino cenizas esparcidas por la inmensidad cósmica, pensó.

En el conjunto de miles de galaxias, ¿qué podía importar la destrucción de un planeta?

CAPÍTULO XI

A través de la pantalla conectada el telescopio, pudieron contemplar un espectáculo sorprendente.

La cámara enfocaba sólo uno de los espejos, pero era suficiente para darse cuenta de su capacidad de destrucción. En la parte posterior, se veían las estructuras de nave que lo habían trasportado a través del espacio y de los generadores y otros mecanismos que lo mantenían en posición.

Por medio del radar, conocieron su distancia al espejo y la de éste a la Tierra.

—Se está acercando —dijo—. Ahora está a unos quinientos kilómetros.

—Lanzará su rayo de fuego cuando esté a la mitad de esa distancia —calculó Gulda.

—Sí, pero, ¿qué hacen allá abajo? —exclamó Rocky—. Tienen cohetes, proyectiles de todas clases…

—No reaccionan y eso me parece extraño —convino Dazio—. ¿Se te ocurre a ti alguna idea. Vanee?

—Sólo una —contestó el joven—. Estamos aún a cinco mil kilómetros de distancia. Nuestros cohetes sólo son eficaces a partir de los mil kilómetros. Gulda. ¿tienes algo que añadir? Eres nuestro comandante en jefe.

—Te asigno el mando —respondió ella—. Y es una decisión oficial.

—Muy bien, acepto la responsabilidad. Lo primero que voy a hacer es conectar los sistemas de fuego. Luego tomaré coordenadas y…

La nave sufrió de repente una terrible sacudida. Gulda se alarmó.

—¿Qué pasa? —gritó.

Thulin examinó los controles. De pronto vio algo que le hizo sentir pánico.

—Pérdida de presión en el cuarto compartimento de babor —anunció—. Rocky. Vito, los trajes espaciales, rápido.

—No es posible que nos ataquen —dijo ella, anonadada.

Una raya de fuego pasó por delante de la proa, deslumbrándoles durante unos segundos. Thulin se estremeció; la proximidad del cohete, afortunadamente fallado el tiro, le había puesto los pelos de punta.

Rocky y Dazio habían salido de la cámara en busca de los trajes de vacío. Bruscamente, se sintió una nueva sacudida.

—¡Imposible llegar al compartimento donde están los trajes espaciales! —gritó Dazio.

—Volved a la cámara —ordenó Thulin—. Intentaremos escapar al fuego enemigo.

Ni siquiera veían la nave atacante, se dijo desconsolada mente. Pero a los pocos instantes, sonó una voz en el interior de la cámara de mando:

—Será mejor que permanezcan donde están y que no in temen resistirse. De lo contrario, les haremos volar en pedazos.

Thulin se sintió atónito al reconocer aquella voz. _ —¡Frieda!

Se oyó una burlona risitada, salida de una garganta femenina:

—La misma —dijo Elfrieda Platt—. Vanee, idiota, ¿acaso llegaste a pensar que podrías salirte con la tuya?

Los ojos de Thulin se volvieron hacia la muchacha. Gulda parecía anonadada y no tenía fuerzas siquiera para hablar.

* * *

La nave de Elfrieda hizo la maniobra para abarloar al costado de la que ocupaban los que ya podían considerarse como prisioneros. Fue tendido un tubo estanco y, momentos después, Elfrieda pasaba a bordo, seguida de dos hombres armados con pistolas descohesionadoras.

A través de las lucernas de la cabina, Thulin pudo ver un equipo de reparaciones que se disponía a taponar los orificios causados por los impactos de los cohetes. Actuaban rápida y eficientemente, apreció. Hirschoff había sabido instruir bien a los syphorianos.

Elfrieda penetró en la cámara, seguida de sus dos esbirros. La mujer vestía un extraño uniforme de color anaranjado, consistente en blusa, con enormes entorchados de oro, pantalones, botas blandas, altas, y casquete adornado con una pequeña cresta de plumas muy cortas. Pendiente del ancho cinturón que rodeaba sus caderas, llevaba una pistola descohesionadora.

—Pareces un personaje de opereta espacial —comentó Thulin, burlón—. ¿Cuándo entras en escena, para interpretar el aria?

Ella le miró sin humor.

—No estamos aquí para divertirnos —contestó. Podría haber destruido esta nave, pero he preferido conservaros la vida… por ahora.

—Ah, cuánta generosidad. ¿Debemos arrodillarnos ante tu magnificencia?

—La ironía no te sienta bien —dijo Elfrieda—. Habéis destruido la base de Iweldon, supongo.

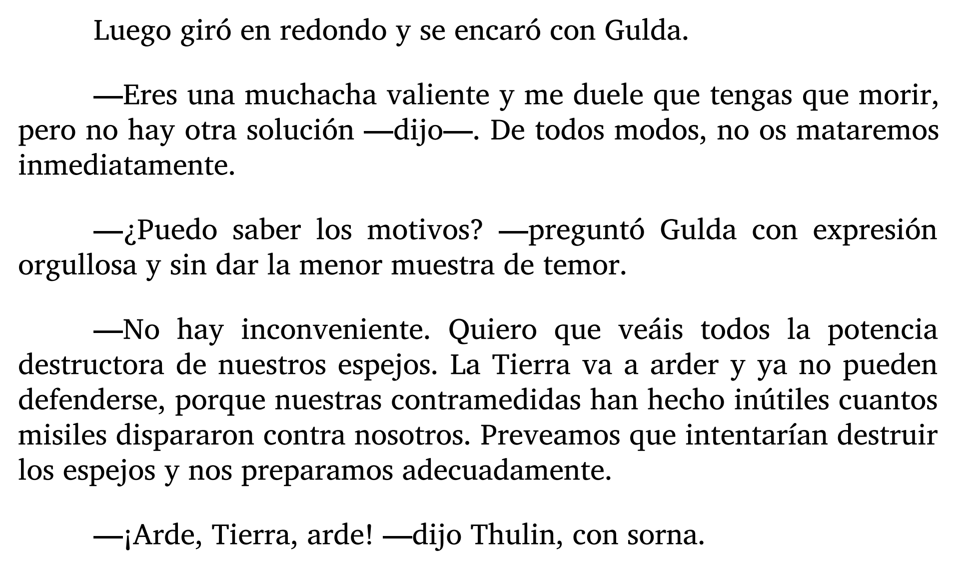
—Así es. Teníamos que hacerlo. Estamos en campos opuestos.

—Ya no hay duda al respecto. ¡Vigiladlos bien! —ordenó ella a sus subordinados—. Disparad contra el primero que se mueva.

Elfrieda avanzó y apartó desdeñosamente a Dazio. Luego examinó el cuadro de mandos y, de pronto, sonrió.

Su mano derecha tocó uñas cuantas teclas. Varias rayas de fuego partieron de la panza de la nave.

—Estos cohetes se perderán inofensivamente —anunció.



Luego giró en redondo y se encaró con Gulda.

—Eres una muchacha valiente y me duele que tengas que morir, pero no hay otra solución —dijo—. De todos modos, no os mataremos inmediatamente.

—¿Puedo saber los motivos? —preguntó Gulda con expresión orgullosa y sin dar la menor muestra de temor.

—No hay inconveniente. Quiero que veáis todos la potencia destructora de nuestros espejos. La Tierra va a arder y ya no pueden defenderse, porque nuestras contramedidas han hecho inútiles cuantos misiles dispararon contra nosotros. Preveamos que intentarían destruir los espejos y nos preparamos adecuadamente.

—¡Arde, Tierra, arde! —dijo Thulin, con sorna.

Elfrieda se volvió hacia él.

—Exactamente, eso es lo que va a suceder. Y cuando hayáis visto al planeta arder como un fósforo… entonces habrá llegado vuestra última hora.

—Quieres someternos a tortura sicológica, antes de darnos muerte.

—Así es —confirmó Elfrieda fríamente.

—No hay solución —dijo el joven—. Pero, naturalmente, respetaréis zonas donde pensáis establecer colonias syphorianas.

—En efecto, ésos son nuestros planes. Si tienes algo más que decir, habla; no puedo perder ya más tiempo.

—Sólo una cosa. Frieda. La potencia de tus espejos se debe en buena parte, al «maximet». que aumenta extraordinariamente el poder térmico.

—Justamente. Pero, además, el «maximet» tiene una propiedad que lo convierte en algo imprescindible para nuestros proyectos —contestó Elfrieda—. Retiene el calor durante un período que puede oscilar entre las seis y las diez horas, dependiendo ello del tiempo que el espejo haya estado expuesto al sol. Por tanto, es posible hacerlos funcionar durante la noche.

—Eso significa que pensáis mantener el ataque durante las

veinticuatro horas del día.

—No lo dudes —dijo ella con perversa sonrisa—. Los terrestres perderán el sueño a partir de ahora... ¡y no lo recobrarán hasta que se duerman para siempre!

Elfrieda dio un paso hacia la puerta, pero, de pronto, se detuvo y miró sucesivamente a sus dos secuaces:

—Os quedaréis con ellos, vigilándolos estrechamente. Me respondéis con vuestras vidas, ¿entendido?

Los syphorianos asintieron. Elfrieda giró en redondo y se alejó con paso rápido.

Después de su marcha, llegó el silencio.

* * *

Los espejos no funcionaban todavía, observó Thulin. Sin duda, Hirschoff estaba realizando las últimas operaciones, antes de desencadenar su ataque. Pero cuando los primero focos de calor tocasen la superficie del planeta, empezarían las catástrofes...

No querían ni pensar en ello. A su lado, Gulda permanecía silenciosa, inmóvil, sumida en sus propios pensamientos. Dazio y Rocky estaban también callados.

Los vigilantes continuaban inmóviles, a ambos lados de la puerta, con las armas en la mano. Las reparaciones habían terminado ya y los técnicos se habían marchado hacía mucho rato.

Hirschoff no debía andar muy sobrado de astronaves, calculó Thulin. A fin de cuentas, una nave no venía nunca mal, pensó. Pero la locura del profesor se había contagiado también a su hija. Era deprimente pensar que una mujer que le había dado tantas muestras de pasión, pensara ahora fríamente en exterminar a miles de millones de seres humanos.

Dazio se sentó de pronto frente a una mesita y sacó su baraja.

—Me estoy aburriendo —dijo.

Y empezó a hacer un solitario.

Los ojos de los syphorianos fueron hacia aquellas hojitas rectangulares, con extraños grabados coloreados, que resultaban nuevas para ellos. Dazio barajó los naipes y los estiró en el aire, con leve chirrido, recogiéndolos luego todos en el mazo, sin que se le cayera uno solo.

Thulin contuvo el aliento. Si a Dazio se le ocurriese...

El hombrecillo, de pronto, se volvió, le miró una fracción de segundo y luego se encaró con el gigante.

—Rocky, voy a enseñarte una carta, que yo no veré. Luego adivinaré cuál es...

Rocky emitió un bufido. Thulin le pegó una patada en el tobillo. El sujeto respingó.

—Oh. si. claro... Al menos», nos entretendremos...

Los guardias se quedaron pasmados cuando vieron que Dazio adivinaba el naipe. Luego, Dazio empezó a hacer juegos de manos.

Uno de los syphorianos se echó a reír estrepitosamente cuando el hombrecillo sacó una carta de su oreja. El otro, sumamente entretenido, no se dio cuenta de que el gigante se le acercaba centímetro a centímetro.

Gulda había comprendido las intenciones de sus amigos y contenía el aliento. De pronto, Dazio movió los naipes.

—Está en la manga de tu uniforme —dijo, señalando el antebrazo derecho del visitante.

El syphoriano bajó la vista. Dazio sacó la carta de su manga y, de pronto, le arrebató la pistola de un manotazo.

Rocky actuó instantáneamente. El otro guardia se aprestó a disparar, pero antes de que pudiera apuntar al hombrecillo. Rocky le asestó un terrible golpe en el antebrazo. La pistola saltó por los aires.

En el mismo instante. Thulin descargaba su puño contra la mandíbula del otro sujeto. Gulda palmoteo de júbilo.

—¡Bravo, muchachos!

En un segundo, los dos vigilantes yacían en el suelo, ambos inconscientes. Thulin se dispuso a abandonar la cámara.

—Dazio, has tenido la mejor idea de tu vida —elogió. —Sabía que picarían —contestó el aludido maliciosa mente.

—¿Adónde vas. Vanee? —inquirió Gulda. El joven se volvió.

—Tengo que localizar el puesto de mando del profesor —contestó—. No me gusta decir una cosa así, pero debo matarle, porque es la única forma de salvar la tierra.

—Pero, ¿cómo vas a llegar...?

—Me pondré el traje espacial y usaré la motoneta de reparaciones en el vacío. Puedo alcanzar miles de kilómetros, si es preciso. No os mováis de aquí, ya tendréis noticias mías.

Gulda se dio cuenta de que la decisión del joven era irrevocable. Con ojos llenos de lágrimas le vio marchar.

—¡Vanee! —gritó de pronto, cuando Thulin estaba ya en el umbral.

Thulin se volvió. Ella le tiró un beso con la mano. —Vuelve —pidió. El joven sonrió.

—Cumpliré tu orden, generala —contestó.

* * *

El espejo se hacía enorme a medida que se acercaba oblicuamente, tratando de llegar por la cara posterior. Ahora ya podía ver aquella especie de cabina acristalada. en forma de paralelepípedo en donde, sin duda, se encontraban los mandos de orientación y aumento o disminución de la concavidad, lo que permitía una mayor o menor longitud del foco térmico.

La oblicuidad de su órbita era muy pequeña. Llegaría casi perpendicular al eje del espejo. Pero era suficiente, calculó.

De pronto, vio otra motoneta que se despegaba de la cabina de mando y que se dirigía rectamente hacia él.

—¿Quién eres? ¿A qué vienes?

Thulin reconoció la voz de Elfrieda. Era preciso hacer algo. Tenía que engañarla...

—Perdona —dijo, procurando alterar un poco su tono de voz—. He venido a informarte. Nos hemos visto obligados a matar a los prisioneros. Intentaron sublevarse y no nos quedó otro remedio que disparar contra ellos.

—Entonces, ¿están muertos los cuatro?

—Sí, señora.

—¿De dónde demonios has sacado ese cacharro? —preguntó Elfrieda, repentinamente suspicaz.

—Se lo oímos comentar a ellos. Dijeron que si se apoderaban de la motoneta de reparaciones en el vacío, podrían atacar...

—Está bien, pero tu compañero podría haber venido contigo, creo —dijo Elfrieda.

—Sintió miedo, señora. No quiso...

Los dos vehículos estaban ya muy próximos. Súbitamente. Thulin dio la máxima potencia al motor del suyo.

Elfrieda gritó al darse cuenta de la inminencia de la colisión. Quiso maniobrar, pero ya era tarde.

Thulin atacó rabiosamente. Viró primero a su izquierda y luego describió una curva cerrada, de casi 180 grados. El impacto se produjo casi por la popa, en el costado y un poco de abajo arriba.

Elfrieda salió despedida con tremenda violencia. Thulin estuvo a punto de ser arrancado a su montura espacial, pero consiguió mantenerse firme.

Ella gritó horriblemente. Manoteó, mientras se desplazaba en el espacio con gran lentitud. De pronto. Thulin sintió que se quedaba sin respiración.

Elfrieda se acercaba lentamente al borde del espejo. Se dio

cuenta de lo que iba a suceder y tendió sus brazos desesperadamente. en busca de un asidero. Las yemas de sus dedos enguantados pasaron a pocos centímetros del borde del espejo.

—¡Padre, ayúdame! —gritó con frenética desesperación—. ¡Padre, padre...!

A Thulin le sangró el corazón. En aquellos instantes, sentía una viva compasión por la mujer.

Elfrieda rebasó el borde oscuro del espejo y penetró en la zona brillante, allí donde se recogían y almacenaban los rayos del sol. Voló por un lugar donde había un resplandor infinito y, de pronto, ardió.

Fue una chispita apenas perceptible en aquel colosal caldero de luz. El fuego del sol la quemó en fracciones de segundo y su voz. se apagó para siempre.

CAPÍTULO XII

Thulin no permaneció mucho tiempo indeciso. Casi en el acto, reanudó su vuelo hacia la cámara de mando del espejo.

De repente, oyó en la radio de su casco la voz angustiada de Gulda:

—¡Vanee, hay un espejo que ya está enfocado sus rayos contra la Tierra!

El joven bajó la vista. La superficie del planeta se encontraba a poco más de doscientos kilómetros. A pesar de las nubes, podía distinguir perfectamente el Atlántico. Hacia el Norte, a la altura de las Azores, se divisaba un círculo blanco, del que brotaban colosales chorros de vapor.

Thulin calculó que el diámetro de aquel círculo no era mayor de cinco o seis kilómetros. La temperatura sería de unos cientos de grados, suficiente, sin embargo, para abrasar cuanto tocaba.

El Atlántico hervía. El disco de luz se desplazó hacia el Oeste. Thulin adivinó su trayectoria y se estremeció.

Nueva York ardería antes de una hora. La enorme metrópolis se convertiría en un cementerio calcinado, donde no quedaría ningún ser viviente.

Furioso, aceleró hacia la cabina de mando. Estaba brillantemente iluminada y pudo ver varias siluetas que se movían nerviosamente en su interior.

Los técnicos estaban armados. Thulin se dijo que no podía soñar en entablar una pelea con ellos, llevaría todas las de perder, incluso aunque utilizase la pistola descohesionadora arrebatada a uno de sus vigilantes.

Pero podía hacer algo mejor que luchar de una forma vulgar contra los syphorianos. Con las mandíbulas apretadas, dio la máxima potencia al motor y lo lanzó contra la cabina.

En el último instante, abandonó la motoneta. Saltó un poco hacia arriba, pero continuó también adelante, debido al momento de inercia. La motoneta. sin embargo, le rebasó una docena de metros.

Lo¿ syphorianos trataron de huir. Ya no tenían tiempo.

Lanzada a toda velocidad, la motoneta chocó contra las paredes acristaladas, haciendo saltar los vidrios en millares de fragmentos. Algunas vigas se doblaron y retorcieron, pero acabaron deteniendo al vehículo.

El aire se escapó instantáneamente. Hubo unos movimientos convulsos y luego los syphorianos, muertos por descompresión, se desplomaron al suelo.

Thulin extendió las manos y logró agarrarse al borde superior.

Luego flexionó los brazos y, poco a poco, descendió lo suficiente para poder penetrar en aquella cabina, que se había convertido en un cementerio.

Inmediatamente, se acercó a la consola de control. Tenía un plan en la mente, pero antes debía aprender el manejo del espejo. Pronto supo que no tendría demasiadas dificultades.

Los controles eran muy sencillos y estaban señalados gráficamente de modo que no cabía lugar para el error. La explicación era fácil: era una máquina que debía ser manejada por gentes que. pese a todo, no habían superado por completo su estado de salvajismo.

Pronto supo cómo debería actuar para orientar el espejo en la posición conveniente. En medio de todo, se dijo, era preciso reconocer la valía de Hirschoff: los controles podían funcionar perfectamente en el vacío.

El espejo empezó a girar lentamente, a la vez que se desplazaba hacia la izquierda, paralelamente a la superficie del planeta. Abajo, sin embargo, el foco de luz, que continuaba vaporizando las aguas del Atlántico, se acercaba de forma inexorable a la costa Este del continente americano.

De súbito, centelleó una luz. Estaba al pie de una pantalla de televisión y dio el contacto. El rostro de Hirschoff apareció inmediatamente ante sus ojos.

—¿Qué estás haciendo, imbécil? ¿Por qué vuelves el espejo en una posición errónea?

* * *

Thulin demoró la respuesta unos segundos.

El foco de calor que ya quemaba el planeta, procedía del espejo que tenía más próximo, a su izquierda. Allí, sin duda, estaba el vesánico profesor Hirschoff.

La distancia, calculó, era de unos trescientos kilómetros. Tenía que acercarse un poco más y envió potencia a los motores.

—¡Te he hecho una pregunta! —rugió Hirschoff—. ¿Por qué no contestas?

Thulin hinchó el pecho.

—Profesor, no soy un syphoriano —dijo.

Estaba frente al objetivo de la cámara, pero sabía que el vidrio de su casco impedía que Hirschoff viese sus facciones. Consultó sus instrumentos y supo que antes de cinco minutos, estaría en la posición adecuada.

—Entonces, ¿quién diablos eres? ¿Qué le ha pasado a mi hija?

—Lo siento, profesor. Elfrieda está muerta. Y yo soy Thulin.

Los ojos de Hirschoff se dilataron. —¡Thulin!
—repitió.

—Sí, profesor. Es una lástima que Elfrieda haya tenido que morir, pero no tenía otra salida. Sin embargo, no me considero culpable de su muerte.

—Tú la has matado, miserable...

—¡Usted la mató! —dijo el joven tunantemente—. Usted, con su maldito orgullo, su mente egomaníaca, que no admite que nadie le contradiga, que no soporta que ninguna persona pueda darle el menor consejo. ¡Usted y sólo usted es el ase sino de Elfrieda!

—Te matare...

—No, profesor, usted ya no cometerá más muertes. Admito que hubo un tiempo en que sentí cierta simpatía hacia usted, a pesar de que me encomendaron su captura. La pena a que fue condenado era inhumana y no comparto en absoluto el pensamiento del tribunal que lo juzgó, pero cuando logró escaparse, debió reflexionar, debió haber intentado ser humilde y reconocer sus propios errores. Doscientas mil personas habían muerto por un accidente y usted no supo arrepentirse y. aun habiéndose fugado, trabajar sólo por la ciencia. Cuando hubo terminado este monstruoso tinglado, debió haberlo ofrecido a la Tierra, como prenda de arrepentimiento y en solicitud de perdón que. seguramente, le habría sido concedido.

»Pero su orgullo le venció, le dominó, le poseyó totalmente, como un dios maligno infiltrado en su alma y al cual adoraba con

ciega veneración. Esos pensamientos le indujeron a tomar venganza en millones de seres inocentes, que jamás le habían visto y que no tenían la menor culpa de sus desvaríos. Y no puedo consentir que lleve a cabo sus inferna les proyectos.

—¡Lo conseguiré! ¡Haré arder la Tierra! —aulló Hirschoff, fuera de sí—. Nosotros, los syphorianos, somos los futuros terrestres...

Hirschoff continuó lanzando horribles imprecaciones, espantosas profecías, mezcladas con tremendos apostrofes s obscenas maldiciones. Thulin estudió su rostro durante unos segundos.

—Loco, está loco de remate —murmuró.

Contempló la Tierra. El foco de calor estaba cada vez más cerca de la costa. Parecía como si en el Atlántico hubiese nacido un gigantesco volcán submarino, que se desplazase lentamente de Este a Oeste.

El espejo continuaba su giro inexorablemente. De pronto, Thulin vio la estela rojiza de un cohete que volaba hacia él.

Aceleró el giro del espejo. El cohete penetró en la columna de fuego blanco y ardió inofensivamente.

Y, casi en aquel momento, el calor reflejado y almacena do en la superficie metálica, tratada con el «maximet». alcanzó al otro espejo.

El metal empezó a fundirse, vaporizándose en el vacío. Thulin oyó unos horribles chillidos, que cesaron bien pronto. El foco de luz alcanzó la cabina de mando.

Lo vio a través de la pantalla. Hirschoff alzó las manos, bañado en una luz de indescriptible potencia. El resplandor inundaba la cabina con mayor intensidad a cada segundo que pasaba.

De pronto, Hirschoff ardió.

El cuerpo del profesor llameó durante una fracción de segundo. Luego se desvaneció como si jamás hubiera existido.

.Thulin detuvo el movimiento de giro. El Atlántico dejó de humear.

Las nubes de vapor se dispersaron lentamente por la atmósfera. El peligro había sido conjurado.

Hizo un «barrido» con la cámara de televisión. Todavía quedaban diez espejos intactos. Sin embargo, obtener la rendición de sus ocupantes, ahora que había muerto Hirschoff. no resultaría difícil. Podrían entregarse a cambio de sus vidas...

* * *

—Bueno, se acabaron los festejos —dijo Thulin días más tarde, mientras se desplomaba en un butacón, en la «suite» del hotel en que se alojaban—. Somos los héroes que han salvado el planeta, pero también los héroes tienen derecho a descansar.

Gulda llenó unas copas y las repartió.

—Ahora te devolverán el rango perdido y hasta te concederán un ascenso —dijo—. ¿Piensas seguir en la FIE, Vanee?

Thulin contempló su copa.

—Me lo pensaré. Por ahora, no tengo prisa en volver al servicio activo.

Dazio soltó una risita.

—Y pensar que la Tierra ha sido salvada por cuatro personas solamente: una generala extranjera, un ex oficial de la FIE. un convicto de homicidio y un timador. De risa, ¿no?

Gulda se volvió hacia el gigante.

—Rocky. no he querido preguntártelo hasta ahora, pero, ¿es cierto que mataste al amante de tu esposa?

—Nunca lo podré probar, pero ella se había puesto de acuerdo con el sujeto para quitarme de en medio. Simplemente, me anticipé a... sus deseos —sonrió Rocky.

—Pero, ¿por qué querían matarte? Con divorciarse, habrían tenido suficiente...

—Entonces, no habrían tenido acceso a mi fortuna. Ella, como viuda, me habría heredado. No es que sea un potentado, pero, vamos,

estaba bien situado económicamente.

—Lo siento. Rocky. Ya encontrarás otra mujer que te quiera de verdad —aseguró Gulda.

—Y tú te volverás a Iwena, Gulda —dijo Dazio.

La joven vaciló. Sus ojos fueron hacia Thulin. que continuaba sentado en la butaca.

—No tengo prisa —respondió evasivamente.

Rocky y el hombrecillo cambiaron una mirada.

Luego se hicieron un guiño recíproco.

—Bueno, anunció el gigante—, me voy. Tengo que arreglar asuntos económicos propios, que están abandonados des de hace años...

—Y yo me iré a buscar a cierta persona que me espera —dijo Dazio.

—No será necesario —sonó de pronto una voz en la puerta.

Smyra apareció en el umbral. Dazio lanzó un grito de alegría y corrió hacia la syphoriana.

—¡Smyra. cariño!

Ella le alzó en sus brazos con toda facilidad.

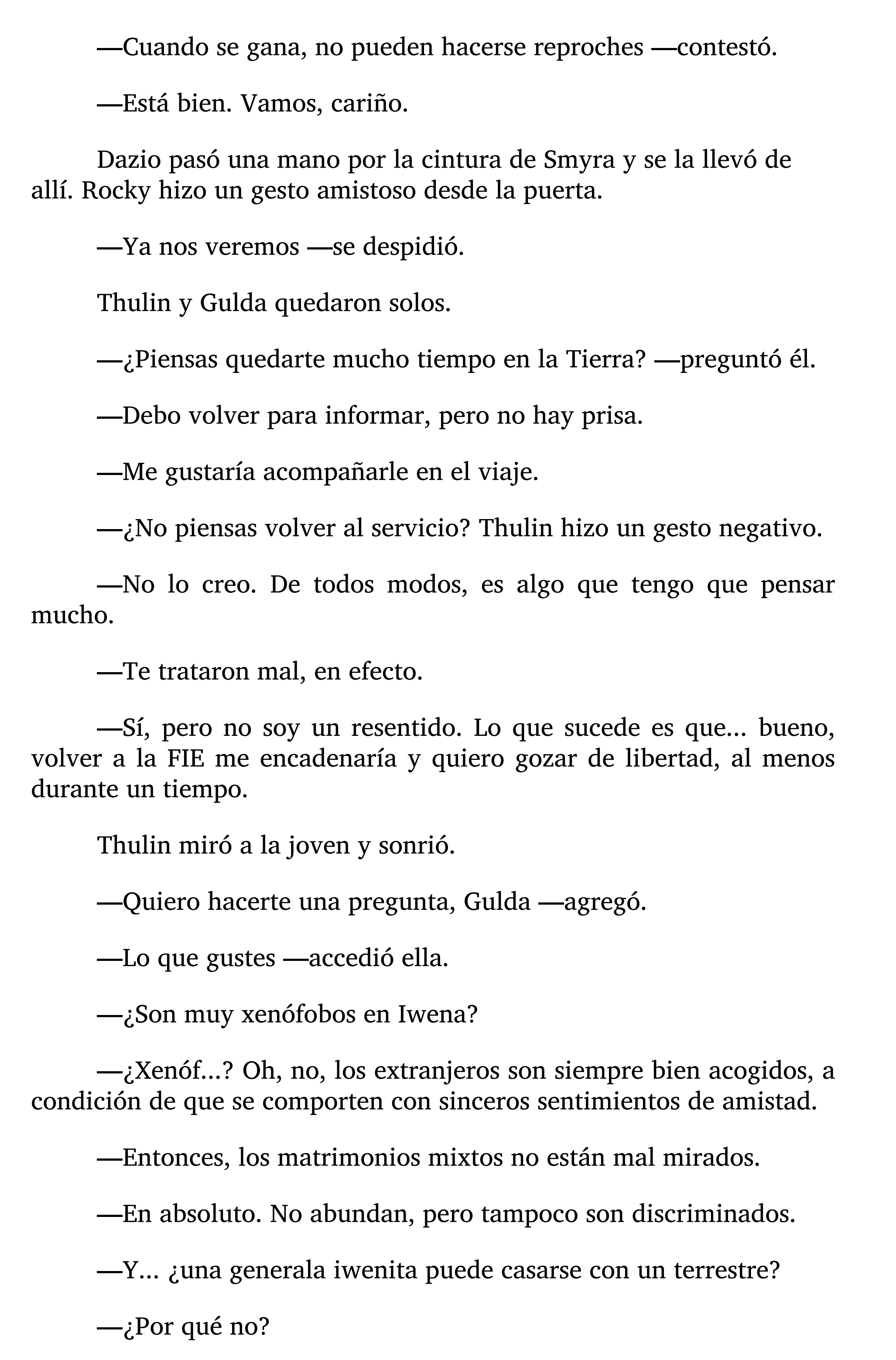
—No he podido venir antes...

— Pero estás aquí y eso es lo que importa. —Dazio la besó apasionadamente y luego puso los pies en el suelo—. A ella también le corresponde una parte de honores —dijo.

—¿No estás enojada, Smyra? —preguntó Gulda.

—No —rió la aludida—. Cuando me di cuenta, me hizo mucha gracia. Luego, antes de partir, Vito me contó por qué lo había hecho y me mostré de acuerdo con él. Pero decidimos continuar la ficción, para evitar complicaciones.

—Me disculpas, ¿verdad, Vanee? —dijo Dazio.



Thulin sonrió.

—Cuando se gana, no pueden hacerse reproches —contestó.

—Está bien. Vamos, cariño.

Dazio pasó una mano por la cintura de Smyra y se la llevó de allí. Rocky hizo un gesto amistoso desde la puerta.

—Ya nos veremos —se despidió.

Thulin y Gulda quedaron solos.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo en la Tierra? —preguntó él.

—Debo volver para informar, pero no hay prisa.

—Me gustaría acompañarle en el viaje.

—¿No piensas volver al servicio? Thulin hizo un gesto negativo.

—No lo creo. De todos modos, es algo que tengo que pensar mucho.

—Te trataron mal, en efecto.

—Sí, pero no soy un resentido. Lo que sucede es que... bueno, volver a la FIE me encadenaría y quiero gozar de libertad, al menos durante un tiempo.

Thulin miró a la joven y sonrió.

—Quiero hacerte una pregunta, Gulda —agregó.

—Lo que gustes —accedió ella.

—¿Son muy xenófobos en Iwena?

—¿Xenóf...? Oh, no, los extranjeros son siempre bien acogidos, a condición de que se comporten con sinceros sentimientos de amistad.

—Entonces, los matrimonios mixtos no están mal mirados.

—En absoluto. No abundan, pero tampoco son discriminados.

—Y... ¿una generala iwenita puede casarse con un terrestre?

—¿Por qué no?

Thulin avanzó hacia la muchacha y rodeó su cintura con los brazos.

—¿Crees que les anudaré a tus padres?

—Me agradas a mí y eso es lo que importa —respondió Gulda cálidamente.

FIN